



EPOCA 3.^a — AÑO IX. — TOMO VII.

NÚMERO 2. — Madrid 15 de Enero de 1884.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.	
MADRID Y PROVINCIAS.	
Seis meses.....	30 rs.
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO.	
Seis meses.....	2 ½ ps.
Un año.....	4 »

DIRECTOR
DON MANUEL PÉREZ VILLAN
ADMINISTRACIÓN
PELIGROS. 20. SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.	
EXTRANJERO.	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y MÉJICO.	
Seis meses.....	3 ½ ps.
Un año.....	6 »

SUMARIO

TEXTO. — Revista, por Nulema. — Crónica, por D. D. Isern. — Sin epigrafe, por Blas. — Los grabados. — La beatificación y canonización de los Santos, por Martínez Ciria. — La leyenda de Bernardo del Carpio, por D. A. Balbín de Unquera. — Vindicación de San Gregorio VII (continuación). — La rama de coral, novela histórica de Enrique de Cauvain. — El arbolado, por el Dr. Sánchez de Castro. — Revista de conocimientos útiles. — A los correspondientes. GRABADOS. — El Niño Dios, pastor, cuadro de Murillo. — El triunfo de Santa Cecilia, cuadro del pintor belga Mr. Julian Vriendt. — Yelmo del Duque de Alba, en la Armería Real de Madrid.

REVISTA

La arena política está roja; pero... no de sangre... está roja... de tanta elocuencia. Cuatro ó cinco discursos diarios sobre si la Constitución actual debe reformarse ó revisarse, sobre si el sufragio universal es más ó menos aceptable que la universalidad del sufragio, son para poner rojas las columnas del peristilo del Congreso, inflamado con la ardiente palabra de los Demóstenes modernos.

No faltan hombres sensatos que lamentan esta prodigalidad de palabras; pero el hecho es que hoy los hombres políticos se miden por la lengua, y el afortunado que la tiene larga cuenta con grandes probabilidades de lamerse una carterá.

Nuestros oradores políticos son insaciables, y si no, obsérvese que los más verbosos, los que parecen más sobrados de frases y elocuencia, son ¡oh maravilla! los que con más tenacidad y ahínco están siempre pidiendo... la palabra.

¡Si no pidiesen más al país! ¡Si se contentasen con un diccionario! Pero esos postulantes de palabras, saben muy bien que del cuero salen las correas, y que tripas llevan pies, y al pedir la palabra, de que están sobrados, piden aceite para la lámpara de su elocuencia, fabricado en la almazara del poder, y depositado en las tinajas del presupuesto.

Y á juzgar por la iluminación de nuestras Asambleas, debe correr el aceite como agua, pues hemos llegado á un tiempo en que el gusano de luz es una lumbrera, y la chispa del pedernal un relámpago de elocuencia. ¡Oh siglo de las luces, verdadera lechuza de la historia, te vas á chupar el aceite de cien siglos, y las generaciones venideras se van á quedar á oscuras!

Fué España en otros tiempos una balsa de aceite; pero vinieron las lechuzas del progreso, y se lo chuparon, dejando sólo las manchas, que ensucian las páginas de la historia moderna.

No extrañen nuestros lectores que hablando de la lengua, hayamos venido á tocar en el paladar; lengua y paladar son agentes del estómago, última palabra de la política... contemporánea.

La Real Academia Sevillana de Buenas Letras nos ha remitido el programa del certamen literario que deberá celebrarse en aquella capital en el mes de Abril próximo.

Nada tenemos que decir de las obras en verso, que ofrecen campo vastísimo á la imaginación de los poetas; pero nos ha sorprendido entre las obras en prosa, que han de ser materia del certamen, el siguiente tema: *Juicio crítico de las obras morales*

y políticas de D. Francisco de Quevedo Villegas.

Nuestra sorpresa se funda en que este asunto ha sido tratado á maravilla por un académico preeminente de la Academia Sevillana, por el Sr. Fernández Guerra, el cual, por primera vez en España, y con erudición pasmosa, estudió á Quevedo como moralista y político en los tomos de sus obras, editadas por Rivadeneyra en 1853 y 1857, habiendo merecido por este trabajo el aplauso unánime y entusiasta de todos los críticos de la Europa sabia.

Los académicos de la Sevillana conocerán, de seguro, esta obra, modelo de crítica por su novedad, su erudición, su elevación de juicios, su clásico lenguaje y su honradez intachable, — que tratándose de crítica, la honradez del crítico entra por mucho — y si la conocen, como es justo creerlo, ¿por qué demandan nueva crítica, cual si hallasen incompleta ó defectuosa la de su socio preeminente?

¿Creen los académicos sevillanos, que en tres meses, que es el plazo del certamen, se puede añadir nada nuevo, ni escribir cosa mejor que la crítica de Fernández Guerra, en que empleó este sabio académico largos años de su vida, siempre laboriosa y fecunda? Lo que pasará con este tema del certamen, ya lo sabemos nosotros; algún escritorzuelo con poco saber y con menos conciencia, cogerá el trabajo del Sr. Fernández Guerra, y poniendo en mal castellano lo que está allí en hermosísimas frases, cortando aquí, estirando allá, zurciendo pegotes, y embetunando suelas, hará una obra prima, que, claro está, siendo prima, dejará atrás la del célebre académico, y, obtendrá el premio del certamen, á despecho del cáustico Quevedo, que por esta vez tendrá que aguantar los azotes, y ojalá que le sirvan en descargo de sus culpas.

También en literatura, como en política, hay lechuzas que se chupan el aceite de las lámparas sagradas, y engordan y comen á costa de la propiedad ajena y de la luz de ingenios preeminentes.

Estamos amenazados de un aumento considerable de funcionarios públicos. Por la nueva ley provincial, que el Ministro de la Gobernación ha presentado á las Cortes, se elevarán á 4.000 los delegados municipales.

La reforma que se ha presentado también del cuerpo de Orden público, eleva casi



EL NIÑO DIOS, PASTOR. — CUADRO DE MURILLO.

al doble de los que hoy existen los agentes y jefes de seguridad; de modo que, sumando empleados, y sin tocar al ramo de Guerra, pasarán de 5.000 los empleados nuevos que crean las reformas de la izquierda.

Este es un buen procedimiento para ganarse partidarios; pero es un procedimiento que le sale muy caro al país, condenado a pagar los vidrios rotos. La izquierda creará los destinos, y los conservadores, cuando les toque el turno, para ser consecuentes con su nombre, procurarán conservarlos. Así se va ahondando el abismo de nuestra ruina, hasta que nos hundamos en la región del fuego.

Porque no es lo peor, con ser bastante malo, que se aumente en algunos millones el presupuesto de gastos; agrava este mal la circunstancia de que cuantos más servidores tiene el país está peor servido. El Estado moderno es una máquina a la que se le van añadiendo ruedas, y si con pocas marchaba mal, con las nuevas que se le añaden adquieren más rozamientos, más consumo de fuerzas, y por consiguiente, mas desequilibrio y torpeza en sus operaciones.

El resultado final de este mecanismo se adivina fácilmente; llegará un punto en que las ruedas no podrán girar y estallará el motor, cohibido en su fuerza expansiva. Este será el triunfo de la anarquía, en que cada ciudadano reasumirá en sí todos los empleos de la nación, parodiando la frase de Luis XIV: *El Estado soy yo*.

Siguiendo la moda francesa, las damas de nuestra aristocracia, mejor diremos, de nuestro gran mundo, han establecido definitivamente entre nosotros los *matinés*, o más claro, las reuniones y bailes por la tarde.

A primera vista parece que esta práctica es una innovación favorable a las buenas costumbres, porque evita la por muchos conceptos censurable de hacer de la noche día, prolongando las reuniones hasta las primeras horas de la madrugada. Sin embargo, no es oro todo lo que reluce, porque las reuniones o bailes vespertinos tienen por principal objeto dejar libre la noche para concurrir a los teatros o a nuevas *soirées*, prolongando las horas de *societad*, o lo que es lo mismo, las horas de tumultuosos placeres, de espectáculos y de festines. Hé aquí una prueba documental. Decía há pocos días un revistero de salones:

"A las cuatro quedaba mucha gente en el lindo hotel de la calle de..., de la que había acudido a felicitar a los amables condes de..."

"La mayor parte de los concurrentes se citaban para el baile vespertino de los barones de..., que debía principiar casi inmediatamente después; y para el nocturno de la condesa de..., señalado para las diez de la noche, y del cual daremos amplia noticia mañana."

Si á las cuatro de la tarde se disolvía la reunión de casa de los condes de..., claro es que debió principiar, por lo menos, á las dos; suponiendo ahora que se prolongase hasta las dos de la noche el baile de la condesa de..., resulta que en ese día hubo mucha gente *comm'il faut* que casi desde la una de la tarde hasta más de la otra de la noche se pasó el tiempo bailando y comiendo en los *confortables* salones de tres familias aristocráticas.

Hé aquí las ventajas de las reuniones vespertinas; venía la noche corta para los *placiers de societat* y ha sido preciso pedir prestadas á la tarde sus horas para prolongar el tiempo dedicado á los goces de la vida social.

Pasar la mañana durmiendo y la tarde y la noche bailando, es la última moda de la *buena sociedad*. Así vivió el patriciado romano en los últimos tiempos del Imperio; de modo que ni la moda es nueva, ni la sociedad buena, ni el término dudoso.

Los ostrogodos acabaron en la antigua Roma con los juegos circenses. ¿Al compás de qué música se bailarían los últimos *cotillones*?

El inolvidable Selgas retrató como nadie la *buena sociedad*, grabando, más bien que pintando, los rasgos de su especial fisonomía. Tal vez inspirándose en el retrato de nuestro malogrado amigo, el escritor francés, Mr. Veron, ha definido así la *buena sociedad*, que es la información del espíritu moderno en la sociedad aristocrática de nuestros días. La buena sociedad, ha dicho, «es un demonio de dulzura».

Contrastan con los esplendores y alegrías de la *buena sociedad*, las miserias y aflicciones de los pobres, cuya situación se agrava en Madrid, porque los rechaza y aborrece el egoísmo de nuestras costumbres.

Los que desnudos y hambrientos oís desde el

rincón de una miserable bohardilla el estrépito de grandes fiestas, en que se malgastan grandes fortunas, no alimentéis en el corazón odios ni deseos de venganza; acordaos de esta frase de San Vicente de Paul: ¡Los pobres! ¡Ah! ¡Los pobres son grandes señores en el cielo!

Vosotros seréis la buena sociedad del cielo.

NULEMA.

CRÓNICA



TRA vez los atentados de la revolución han despertado a los Gobiernos que se empeñan en aplicar a la política la máxima fundamental del sistema libre cam-bista.

Jablowski era un nihilista, ex-oficial de artillería, que fué condenado a destierro perpetuo a Siberia, por el delito de complicidad en el asesinato del general Strenikoff, ocurrido en Odesa. Gracias a sus mañas, logró escaparse de manos de sus guardias, y se refugió en San Petersburgo, donde ofreció sus servicios a la policía.

Esta los aceptó; y desde este momento Jablowski dirigió todos sus esfuerzos a captarse por completo la confianza del coronel Soudeikine, su jefe, uno de los militares más bravos que existían en Rusia.

No hay por qué decir que logró su objeto. Soudeikine le confiaba los más delicados servicios, y tenía en él absoluta confianza.

En estas circunstancias el comité ejecutivo del partido nihilista condenó a muerte al coronel Soudeikine a consecuencia de la prisión de la Wolkenstein, que desde Charkeff había ido a San Petersburgo con la intención de matar al Czar.

De la ejecución de este decreto revolucionario fué encargado Jablowski con otros cuatro sectarios, y todos á maravilla cumplieron con su encargo.

Invitó Jablowski al coronel Soudeikine a tomar café en su habitación, y éste aceptó la invitación con un compañero. En el momento en que el coronel tomaba la taza, se abrió violentamente la puerta del cuarto, y cuatro hombres armados de barras de hierro se precipitaron sobre Soudeikine y su compañero.

Este murió como herido por un rayo. Pero Soudeikine, dotado de una fuerza hercúlea, aunque gravemente herido, se defendió con los candelabros que estaban encima de la mesa, y los asesinos lo hubieran pasado muy mal sin la intervención inmediata de Jablowski.

Este disparó un tiro de revólver sobre su jefe y protector por la espalda y le dejó cadáver al momento.

Al día siguiente, todos los periódicos de San Petersburgo recibieron la siguiente comunicación del comité ejecutivo de los nihilistas: «Por sentencia de este comité ha sido ejecutado el coronel Soudeikine, inspector general de policía de seguridad».

Han sido presos tres de los cinco asesinos. Uno de ellos se halla gravemente herido y se ignora cómo y cuándo pudo ser retirado del sitio de la catástrofe.

La viuda del coronel Soudeikine recibirá una pensión anual de 5.000 francos, y sus hijos serán educados á expensas del Estado.

Este nuevo atentado de los nihilistas ha servido de tema á un profesor de la Universidad de Leipzig para un discurso que ha tenido gran resonancia no sólo en Alemania, sino en toda Europa.

La tesis sustentada por el profesor aludido, es la siguiente: Es dogma jurídico que el derecho de asilo tiene límites y que al lado del derecho tienen también deberes las naciones que lo practican.

Descendiendo de lo general á lo particular, ha sostenido el orador que Suiza obra mal dando asilo á criminales políticos y considerando como delitos políticos crímenes de derecho común. Lo mismo, poco mas ó menos que se dice de Suiza, puede también decirse de Inglaterra.

En uno de sus más elocuentes párrafos ha discurrecido el profesor de Leipzig acerca de las medidas que debe tomar Europa contra Suiza é Inglaterra, para obligar á estas naciones á restringir el derecho de asilo.

La gravedad del caso está principalmente en que los órganos del príncipe de Bismarck han apoyado enérgicamente las tesis sustentadas en el discurso en cuestión, é idéntica conducta ha seguido, con corta diferencia, la prensa oficiosa de San Petersburgo y de Viena.

El órgano más autorizado de la capital del Imperio moscovita ha llegado á decir que «si Suiza é Inglaterra se empeñan en dar asilo á los perturbadores de las naciones amigas, se verán obligadas éstas

á renunciar para siempre á esta amistad, y aun á confundir en una misma zaña á los emigrados y á sus protectores».

La prensa francesa ve en todo esto una amenaza de Bismarck contra las instituciones de los pueblos que se llaman libres.

Otra prueba de la osadía de los radicales de la revolución se encuentra cabalmente en lo que ha sucedido en Viena, causando no menos asombro, confusión y espanto que los crímenes cometidos por los nihilistas en Rusia.

Predicaba en una iglesia de uno de los barrios habitados por los obreros el Padre Hammerlé, y asistía á sus sermones, que versaban cabalmente sobre la cuestión social, un público tan numeroso como escogido.

Las conversiones se aumentaban de día en día, y muchos cristianos que habían vivido por largo tiempo lejos de Cristo se confesaban, pidiendo de veras perdón por sus pecados.

El infierno bramaba de ira al ver los triunfos de la palabra del ministro del santuario.

Las logias y las sociedades socialistas y anárquicas se unieron para poner término de una vez á aquel movimiento consolador, que cada vez tomaba mayores proporciones.

Llegó en esto el primer domingo de este mes. El Padre Hammerlé disertó sobre los deberes que unen á los obreros con los fabricantes y á los fabricantes con los obreros, y sostuvo que sólo la caridad cristiana puede resolver la cuestión social que en muchas naciones de Europa casi parece insoluble.

En uno de sus párrafos más elocuentes fué interrumpido el orador sagrado por varios silbidos. A los silbidos suceden las pedradas. A las pedradas los gritos. A los gritos la confusión. A la confusión el pánico, las heridas y las muertes.

En medio de aquel espantoso tumulto, en que unos querían asesinar al P. Hammerlé y otros le defendían; en que unos querían salir de la iglesia y otros pugnaban por entrar, se dió la voz de ¡fuego! y en el instante mismo, una partida de internacionalistas empezó á derribar á hachazos la puerta lateral.

La situación se hacía por momentos insostenible para los católicos que rodeaban al P. Hammerlé, cuando llegó la policía, que, obrando con grande acierto y energía, logró á los pocos momentos, no sólo restablecer el orden, sino prender á muchos, si no á todos los autores del sacrilego escándalo.

Durante toda la noche fué custodiada debidamente por la fuerza pública la iglesia, y al día siguiente quiso el Gobierno, de acuerdo con la autoridad eclesiástica, que continuasen los sermones, y aun que se empezaran misiones para los obreros en todos los arrabales, por estos actualmente habitados.

Por supuesto, la autoridad civil, por expresa orden del Emperador, ha tomado toda clase de medidas para que no pueda repetirse el atentado.

Mientras Europa se cubre de densas nubes que anuncian próximas tempestades, en Oriente y en otras naciones brilla la aurora de mejores días.

La conducta que los cismáticos siguieron en Turquía, cuando la última guerra turco-rusa, conducta que contrastó con la de los católicos, ha sido la principal causa de que la Sublime Puerta haya abolido, de golpe y porrazo, todos los privilegios y exenciones de que gozaban los Patriarcas, Arzobispos, Obispos, Sacerdotes y fieles cismáticos, y en cambio haya acrecentado la protección que dispensa á los católicos.

El Patriarca cismático de Constantinopla, ha formulado una enérgica protesta contra la disposición del Gobierno del Sultán, y ha presentado, al mismo tiempo, su dimisión. El Gobierno se ha limitado á contestar que no acepta la dimisión, y que queda enterado de la protesta, que ha sido archivada.

La prensa de San Petersburgo lamenta este conflicto, del cual saldrá, dice, la muerte de la Iglesia cismática en Turquía: los cismáticos creyentes volverán al seno de la Iglesia romana; los no creyentes se afiliarán al protestantismo, para no aparecer ante el público como desnudos de toda creencia religiosa.

La verdad es, después de todo, que así está sucediendo, lo mismo en las provincias turcas de Europa, que en las del Asia. Son innumerables los cismáticos que abjuran sus errores é ingresan en la Iglesia católica, apostólica, romana, fuera de la cual no hay salvación.

A estos progresos de la Iglesia católica en Turquía, han contribuido no poco los revolucionarios franceses, con las medidas que adoptaron contra las Congregaciones religiosas.

Expulsadas éstas de Francia, se esparcieron por todo el mundo, y muchas de ellas buscaron entre los turcos la libertad que les negaban para vivir en comunidad los republicanos franceses, que más de una vez se han proclamado apóstoles de la civilización.

Unas cincuenta comunidades religiosas, expulsadas de Francia, se hallan actualmente establecidas ya en Turquía, ya en Egipto, ya en Persia.

Los hermanos de la Doctrina cristiana son los que más y mejores resultados obtuvieron con la aplicación de su actividad a la enseñanza de la juventud, como puede probarse, citando multitud de datos. Nos concretaremos a un solo caso, y valga por todos, ya que lo que en este caso ha sucedido, ha sucedido en todos.

Cuatro hermanos de la Doctrina cristiana fundaron, casi sin recursos, una escuela en Trebizonda, protegidos por algunas familias católicas, y singularmente por los cónsules de algunas de las naciones europeas.

Durante los primeros meses, apenas lograron reunir unos treinta alumnos. Las escuelas fundadas y sostenidas por las sociedades bíblicas, les impedían realizar todo progreso.

Pero los hermanos han vencido todos los obstáculos, con fe y perseverancia. Hoy tienen en su escuela 470 alumnos, de los cuales, 170 son católicos, 210 son hijos de mahometanos y cismáticos, y 110 son protestantes y judíos.

Gracias á estos progresos de la escuela, han podido edificar los hermanos un edificio propio, que tendrán que ensanchar en breve, para poder admitir á gran número de alumnos que lo solicitan.

En cambio, á pesar del oro que derraman á manos llenas las sociedades bíblicas, sus escuelas están desiertas. Una de ellas, que hace dos años reunía 190 alumnos, ahora apenas reúne 20, y así de las demás.

Todavía es, por muchos títulos, más importante y trascendental el triunfo obtenido por los hermanos de la Doctrina cristiana en Jerusalén. Sus escuelas en toda la Palestina se ven concurridas, no sólo por los niños católicos, sino por los de todas las creencias religiosas, empezando por los hijos de las autoridades otomanas.

El Señor acaba de confundir á los enemigos de la Santa Sede.

Por todos los medios imaginables, anunciaron éstos una gran peregrinación laica al sepulcro de Víctor Manuel. Todas las logias masónicas ofrecieron tomar parte en la manifestación. El Gobierno ofreció á los titulados peregrinos una rebaja de 60 ó 70 por 100 en el precio de los billetes del ferrocarril, y alojamiento gratis en Roma.

No hay por qué decir que toda la prensa sectaria de Italia ha puesto de su parte todos los medios imaginables para que la manifestación resultara grandiosa.

A pesar de todo esto, el número de manifestantes, unidos los de fuera de Roma con los de Roma, no ha pasado de 15.000.

Hace apenas unos meses que se promovió en Italia una peregrinación nacional al Vaticano, y sin todas las ventajas de los peregrinos sectarios, reunió León XIII, al pie de su trono pontificio, más de 30.000 personas ¡Cuántas más no hubiera reunido con la indicada rebaja del precio de los billetes, y con darles alojamiento gratis en Roma!

Contra la elocuencia de los números, nada pueden los sofismas de los sectarios. Bendigamos al Señor porque ha confundido esta vez la soberbia de los iníquos, de los que dicen y repiten á todas horas que la causa de la Santa Sede ha muerto en Italia, y que la mayoría de los italianos desean la consolidación del orden actual de cosas.

¡Qué lección para el ex-padre Curci! ¡Si al menos supiera aprovecharla! Pero está ciego por la pasión, y cuando el hombre está ciego por la pasión, no ve, ni oye, ni siente más que lo que la pasión le dice.

D. ISERN.

SIN EPÍGRAFE



HAN pasado los Reyes...

Este principio es malo.

Y es malo este principio por la misma razón que son malos otros principios hoy en boga.

Y si la malicia de mis lectores supone que, al hablar de estos otros principios, he querido aludir á los principios monárquico-republicanos, hace bien en suponerlo, porque á esos principios precisamente me refería.

El principio de mi artículo y los principios monárquico-democráticos son malos por varias razones:

porque no dicen lo que con ellos se quiere expresar; porque adolecen de ambigüedad en su sentido; porque representan ideas diametralmente contrarias, según el punto de vista desde que se los considere.

Decir *han pasado los reyes*, así, á secas, ó es decir mucho, ó es decir muy poco, ó es no decir nada. Allá van ejemplos:

Si coge esa frase un republicano, la interpretará así: «Han pasado los tiempos de los reyes.»

Si la coge un ministro actual de la Corona, que por casualidad hubiese sido anti-monárquico hace un año, exclamará: «Han pasado los reyes por mi calle, no lo he sabido, y no he corrido á saludarlos... ¡Qué fatalidad!»

Si la coge un verdadero monárquico, la completará á su modo, diciendo: «Han pasado los reyes de Europa, en estos últimos tiempos, por trances bien amargos.»

Queda la última eventualidad:

Si coge la frase un alumno de segunda enseñanza, que ha olvidado ó nunca ha sabido la gramática, dirá sin vacilar: «Han pasado los Reyes, quiere decir, la festividad de los Santos Reyes, último día de vacaciones en mi colegio.»

Debo decir, para vergüenza mía, que, en efecto, esta idea es la que quise expresar al escribir: «Han pasado los Reyes.»

Y ya que he explicado mi pensamiento con tanta claridad como la que suele emplearse para redactar proyectos de contestación á un discurso de la Corona, sólo me resta pedir á ustedes aguinaldo por la novedad de la noticia.

Si mi pobre cabeza no estuviese tan débil, sabría yo adónde quería ir á parar desde esa pero-grullada que me ha servido de línea inicial para este artículo.

Porque es indudable que yo quería decir algo; algo que debería tener relación con la festividad de Reyes. Hasta recuerdo que debía ser cosa seria y trascendental... ¿Qué podría ser ello?

Cosa de política de actualidad no debía ser, puesto que la política de hoy no puede llamarse cosa seria sin inferir una grave ofensa á las 'consecuentes y graves personas que la perpetran.

Poquito se reiría de mí el sesudo jefe del Gabinete señor Posada Herrera si yo, emulando á sus detractores, le atribuyese cualidades de gobernante serio, ó le acusase de respetabilidad política. No, no soy yo de los que se dejan arrastrar del espíritu de partido y levantan una calumnia sobre un grano de arena.

El Presidente del Ministerio que disfruta al país (creo que debe decirse técnicamente *que el país disfruta*) podrá ser más ó menos escéptico, mas ó menos irreverente con las cosas serias, mas ó menos consecuente en su doctrina (claro es que no me refiero á la doctrina cristiana, de que parece estar algo retraído, sino á la doctrina política, única que profesa); podrá, en fin, tener sus marrullerías volterianas y sus debilidades librepensadoras, pero político serio... ni lo es, ni quiere parecerlo, ni lo parecería aunque quisiera.

No es, pues, de la política ni de los políticos de lo que yo me proponía hablar, puesto que me proponía hablar de cosas serias.

He suspendido la legislatura... ¡Qué disparate!... Si yo tuviese facultades y derechos respecto de las legislaturas, no las suspendería, á buen seguro, porque empezaría por abolirlas, con todo el respeto posible, y no había necesidad de suspenderlas.)

Quise decir, que he suspendido la redacción de este artículo, llamémosle así, para fijar mis ideas y concentrar mis recuerdos acerca del asunto que quería tratar en él... y nada, no doy con el hilo.

«Han pasado los Reyes», dije; me acometió un acceso de divagación (que comparte con la gota mi padecimiento ordinario), y se me fué el santo al cielo.

Tal vez tuve intención de traer á juicio de residencia á nuestras autoridades locales con motivo de la celebración de la fiesta popular llamada de *esperar á los Reyes*.

Posible es que, al recordar el infernal estrépito y la salvaje música de cencerros, cuernos, trompetas, aullidos y voces aguardentosas; la desenfrenada carrera de turbas más desenfrenadas todavía, con teas, faroles, escaleras y botas de vino, que aparentando (no las botas sino las turbas) una crédula sencillez, y fingiendo ir engañadas á *esperar á los Reyes*, sólo van á dar libre vado á las más groseras pasiones, á atropellar por las calles á los pacíficos transeúntes y á perturbar en su trabajo ó en su sueño al sosegado vecindario; posible es, digo, que al recuerdo de este espectáculo tan poco culto, pero no menos nacional que el espectáculo taurino, me ocurriese la idea de censurar á nuestras autoridades por consentir tales excesos...

Pero, si no puede ser, porque ahora recuerdo que

esas autoridades, mas ó menos paternas, han caído en la cuenta de que esa especie de fiesta bacanal es, á más de irreverente para todo buen católico, impropia de un pueblo civilizado y que (como dice mi barbero) va á echar la *cópula* al edificio de sus libertades, proclamando por boca de sus gobernantes (que no es precisamente por boca de ganso) el sufragio universal.

Y recuerdo, además, que las susodichas autoridades han puesto el veto á la susodicha fiesta, y así lo han suso-dicho en un bando que, si procediera de un Gobierno bueno, podríamos llamar de *buen gobierno*...

¡Tate! ¿Si sería que, en mi calidad de viejo gruñón, dispuesto á criticarlo todo por temperamento... bilioso, tuve la intención de increpar á las supradichas autoridades, precisamente por haber prohibido la bullanguera fiesta?

Todo se puede temer y todo se puede esperar de cabezas tan poco firmes como la mía, que por su inconsistencia merecería descender á la categoría de cabeza de chorlito ó cabeza de Presidente del Consejo de ministros.

Y el caso es que no me hubieran faltado razones ó sofismas para defender mi opinión contraria á la ingerencia de la autoridad (ahora lo digo en singular, porque he caído en la cuenta de que nuestras autoridades son todas muy singulares); á la ingerencia de la autoridad en un negocio que podría llamarse *augusto*, puesto que con Reyes se relaciona.

Ya lo creo que se me hubieran ocurrido palabras y aun palabrotas, si no tan parlamentarias como las que se arrojan los *conciliados* de banco á banco en el templo de las leyes, al menos bastante enérgicas y suficientemente democráticas para levantar ronchas en la popular epidermis de nuestros ediles (esto quiere decir concejales; no vayan á figurarse que les pongo motes).

Por que, vamos á cuentas, es algo delicado eso de chocar de frente con las costumbres inveteradas de un pueblo. Puede ser peligroso romper abiertamente con las tradiciones, siquiera sean abusivas, y con las expansiones, aunque turbulentas, del populacho.

Y, en todo caso, no compete ese sistema opresor y tiránico á un Gobierno liberal y que, para serlo y merecer este nombre, está obligado, más que á cohibir, á halagar los instintos turbulentos de las masas. Por lo mismo, con estas *masas* han hecho siempre *un pan como unas tortas* los Gobiernos liberales.

Siguiendo este desorden de ideas (ya que el orden va pasando de moda), hubiera podido poner de oro y azul y vestir de ropa de pascua á la autoridad que prohíbe la fiesta nocturna de *esperar á los Reyes*...

Pero tampoco estaría en mi lugar, porque estas autoridades que ahora se usan son como las anguilas, que cuando cree uno tenerlas sujetas, se escurren de entre las manos.

No se las puede censurar porque consienten la fiesta, puesto que la han prohibido.

No se las puede censurar porque la prohíben, puesto que la han autorizado.

¿Cómo puede hacerse este milagro de autorizar y prohibir simultáneamente una misma cosa? Pues es muy sencillo: por el sistema que hoy está en boga en el arte de gobernar, por la reglamentación.

La autoridad reconoce, *en principio*, que esas alargadas nocturnas son contrarias á las buenas costumbres, al reposo público, á la cultura, etc., etc., y les aplica la lógica utilitaria, diciendo: «Artículo 1.º Quedan prohibidas esas comparsas que ofenden gratuitamente á la cultura, al sosiego público, á las costumbres y á las et-caeteras. — Art. 2.º Las comparsas que quieran, la víspera de Reyes, faltar á las et-caeteras, á las buenas costumbres, al reposo público y á la cultura, podrán hacerlo, siempre que soliciten licencia para ello, previo el pago de tantas pesetas.»

Esto es ingeniosísimo. Convertir en partida de ingreso para las arcas municipales las faltas contra la buena policía, no se le hubiera ocurrido á nadie más que á...

Pero, aguarden ustedes, que hasta en esta apreciación estoy fuera de camino. No hay tal originalidad, ni tal asno muerto. Si ya lo he dicho más arriba: todo es resultado de un sistema fijo, todas son consecuencias de una misma premisa, todas son calabazas de una misma simiente.

Y si no, repasen ustedes los actos de nuestros benéficos y moralizadores Gobiernos, y hallarán precedentes gloriosos de la medida adoptada con los que van á esperar á los Reyes. Verán cómo aquí los abusos, las extralimitaciones y los vicios sociales han venido á ser *riqueza imponible* para el sediento presupuesto de ingresos.

Que el juego es inmoral, perturbador del sosiego de las familias, ocasionado á delitos y crímenes de

toda especie... Ya lo creo: nuestros gobernantes así lo reconocen, pero le convierten en renta pública, bajo la modesta denominación de *lotería nacional*. Podrán perseguir las casas de juego, mientras llega el día de *reglamentarlas* imponiéndoles una fuerte contribución; pero eso no quita para que en veinte calles distintas, otros tantos *ganchos*, bajo la forma de mujeres desarrapadas, acosen á los transeúntes con este grito agudo: «¡Mañana es último día de billetes: hay décimos á cuarenta reales!»

Que la prostitución es una llaga social, uno de los vicios de consecuencias más trascendentes, un verdugo de la juventud y un azote de la moral... ¡Pues no ha de serlo! dicen nuestros pudibundos gobernantes. Y ¿qué hacen? ¿perseguirla? ¿castigarla? ¿exterminarla?... Nada de eso: *reglamentarla*, autorizarla y hacer de esa sentina un manantial de ingresos para el *fondo de higiene*...

Pero, á todo esto, ¿dónde está mi artículo, que, de digresión en digresión, se ha escabullido, como si temiese que le eche mano algún investigador y le convierta en materia imponible?

Mientras le encuentro, que será obra más difícil que hermanar perros y gatos ó conciliar liberales, podrán mis lectores pasarse con estas deshilvanadas ideas que, por lo inconexas, podrían servir para fundar un partido nuevo, ya que el monárquico-democrático se va cayendo á pedazos, de puro viejo.

BLAS.

LOS GRABADOS

EL NIÑO DIOS, PASTOR
Cuadro de Murillo

De la mejor época del gran pintor sevillano, cuando la lozanía de su ingenio produjo las mejores obras suyas, que son admiración de los inteligentes, es la que representa nuestro grabado. Representase en ella á Jesús niño, de edad de seis á ocho años, sentado en un terrazo, con la mano izquierda sobre el cordero y la derecha empujando el cayado; descalzo, vestido con túnica de rosa y pellico, y descubriendo la pierna izquierda. Por detrás de la figura asoma un trozo de cornisa y parte de un peñasco con árboles y arbustos, y más lejos un trozo de columna antigua sobre un pedestal. Al lado opuesto espaciase la vista por una dilatada llanura, donde está un rebaño pastando. Mide el cuadro 1 metro 23 centímetros de alto, 1,01 de ancho.

El pensamiento de Murillo en este cuadro es tiernísimo y edificante, como el de la mayor parte de sus obras. El Niño Jesús aparece ya en su infancia cumpliendo su sagrada misión de pastor de las almas, y mientras éstas, representadas por inocentes ovejas pastan en el verde prado, símbolo de la nueva Iglesia, se ven los restos del antiguo paganismo simbolizado en la arquitectura griega y romana, que fué la de sus palacios y templos.

Se dice que la cara del Niño es el retrato de uno de los hijos del pintor, lo que parece verosímil, uniéndose así los sentimientos de piedad á los de amor paterno, porque Murillo — y este es su mayor elogio — fué digno de sus obras. El cuadro existe en nuestro museo del Prado.

EL TRIUNFO DE LA MÁRTIR SANTA CECILIA,
Cuadro del pintor belga M. Julián Vriendt

En una de las últimas exposiciones de París, donde campea en toda su desnudez y frivolidad el arte contemporáneo, ha merecido llamar la atención de todos y de eclipsar á los demás cuadros el que representa nuestro grabado, debido al pincel de un artista belga, M. Vriendt, educado en la buena escuela romana.

Sirvan de explicación al asunto del cuadro los siguientes párrafos de la Vida de Santa Cecilia, escrita, poco há, por el laborioso P. Gómez Rodeles, de la C. de J.

«Entró el verdugo armado del instrumento del suplicio, y recibióle la Santa con el mismo agrado que si le trajese la corona nupcial. Tres fieros golpes descargó el lictor en el cuello de la virgen, sin que lograra cortar enteramente la cabeza. Cayó en tierra, bañada en su propia sangre, aquella inocente corderilla, y el verdugo, aterrorizado, se retiró, porque la ley le prohibía dar á la víctima más de tres golpes. Es que el Señor quería conceder á la Santa tres días que le había pedido de vida para acabar de arreglar dos asuntos que le interesaban vivamente.

«Como quedaron abiertas las puertas del baño al salir el lictor, los cristianos que estaban fuera aguardando la consumación del sacrificio entraron presurosos, poseídos de profundo respeto y veneración. ¡Qué escena aquella! Cecilia, aunque moribunda, se sonríe al ver á los pobres á quienes tanto ama, y ordena que se repartan en limosnas los últimos bienes que le quedan, y saluda afectuosamente á los neófitos convertidos por ella. Los fieles dan á la heroica joven las mayores muestras de amor y veneración, y con lienzo y velos recogen la sangre virginal que sale de sus mortales heridas, esperando verla exhalar por momentos el último suspiro.

«Viendo San Urbano, Papa, que los agentes de la policía no se presentaban en la casa de Cecilia, creyó llegado el momento de poder ver á la mártir. Entró el venerable Obispo en aquel nuevo santuario y vió á la santa virgen inundada en su propia sangre, como el cordero del sacrificio. Volviendo á él Cecilia sus miribundos ojos, en que se pinaba todavía la dulzura y heroica grandeza de su alma:—

Padre — le dijo con amor y respeto de hija — he pedido al Señor esta tregua de tres días para entregar en vuestras manos los pobres á quienes yo sustentaba, y esta casa, para que sea consagrada en iglesia para siempre. Dichas estas palabras, nada tenía ya que hacer en este mundo la virtuosa joven. Acababa de despojarse de las pocas riquezas que le habían quedado, teniendo quien se encargase de repartirlas á sus hermanos los pobres; estaba asegurada la propiedad legal de su palacio en Gordiano, quien se entendería con el Santo Obispo para consagrar en él al verdadero Dios un nuevo templo, y el Señor la convidaba con la inmarcesible corona debida á sus heroicas virtudes.

Estaba Cecilia recostada del lado derecho, juntas las rodillas con virginal modestia; las piernas con una pequeña inflexión; caídos los brazos hacia delante, el izquierdo sobre el derecho. Sintiendo que se le acababan las fuerzas, como si pretendiera guardar el secreto de su último suspiro, que enviaba á su divino Esposo, volvió la cabeza hacia el suelo. Voló al cielo su dichosa alma, quedando su virginal cuerpo como si gozara de dulce sueño. Los tres primeros dedos de la mano derecha estaban extendidos; los de la izquierda cerrados, excepto el índice. Así permanece hasta el día de hoy, dejándonos en aquel gesto simbólico un testimonio de la fe, por la que había derramado su sangre: unidad de la sustancia divina y trinidad de personas.

El cuadro de Mr. Vriendt representa la muerte de la Santa, estando presente el Obispo San Urbano. Hay en la composición novedad y gracia, y se ve que el artista ha sentido el asunto con la devoción de un cristiano. Aunque nuestro siglo ha tratado de menospreciar los cuadros religiosos, siempre serán éstos manantiales de belleza para el verdadero artista y modelos de noble imitación para los pintores de gran talla. Hé aquí cómo el *Triunfo de Santa Cecilia* ha podido eclipsar las demás obras de una Exposición de París.

YELMO DEL DUQUE DE ALBA, EN LA ARMERÍA REAL DE MADRID

Entre las joyas que posee nuestra Armería real, es una de las más señaladas la armadura damasquina que usó el famoso tercer duque de Alba, D. Fernando Alvarez de Toledo, admiración de propios y extraños.

La armadura carece de espaldas y brazales, piezas que se cree existen en el museo de Londres; el adorno es del más puro estilo florentino, trabajado á martillo y damasquinado de oro con una limpieza que encanta. El casco ó yelmo, reproducido en nuestro grabado, pertenece á la citada armadura y puede dar idea de su ornamentación. El crestón ó cimera lo forma una esfinge y en los costados se ven, alegóricamente representados, los ríos Erédano, Tiber y Po, entre arabescos palmas y otras labores delicadísimas, que revelan la mano maestra de aquellos artistas del siglo XVI, que unieron al mérito preeminente la modestia más acrisolada.

Cuando se contemplan sus obras, atesoradas hoy en museos y templos, se ve cuán poco tenemos por qué envidarnos, en materia de bellas artes, los hijos del siglo XIX.

LA BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN

DE LOS SANTOS

I



La santidad de nuestra religión sacrosanta, nota característica que la distingue de las falsas sectas, lleva en sí misma envuelto el sello de la divinidad.

No hay un solo Santo en los anales del cristianismo, que no haya obrado milagros, y sabido es, que la derogación de las leyes de la naturaleza sólo pertenece á su Autor, y á los que obran según las divinas facultades. Y, lo que es más, en la santidad de los siervos de Dios, manifestada al mundo por el milagro, ha brillado también el dón de la profecía, y esto nos bastaría para alcanzar el más firme convencimiento de que los escogidos de Dios, que la Iglesia católica venera, fueron las lenguas vivas de la divinidad; porque allí donde está la adivinación, allí está la divinidad, según el axioma de los sabios de la antigüedad, que menciona Cicerón en su libro *De Divinatione*. «Porque estas cosas son tan recíprocas, que si hay profecía hay dioses, y si hay dioses hay profecía. Si quidem ista sic reciprocantur, ut si divinatio, sit Dei sint, et si Dei sint, sit divinatio.»

El Santo. ¿Quién es el Santo? El que supo amar todo lo que es de Dios y aborrecer todo lo que es del mundo. Por esto, Dios, que tiene hecha la más solemne é infalible promesa de amar á los que le aman, en testimonio de su amor abrió los tesoros de sus gracias á los que de todas veras le amaron, cuando todavía sobrellevaban las amarguras de su peregrinación esta patria del destierro, á fin de que la Iglesia militante pudiera reconocerlos como escogidos de Dios, por los prodigios que en ellos y por ellos obrara la mano del Omnipotente.

Al examinar la historia de la disciplina eclesiástica en la declaración de los Santos, habremos de notar, no solamente su infalibilidad, sino su discreción santa, su prudente reserva, su rectitud severa, su escrupulosidad rigurosa, su imparcialidad incapaz de doblegarse.

Siempre el cetro de la autoridad suprema de la

Iglesia ha tenido que sostenerse inflexible en este asunto de tanta importancia para el cristianismo. Desde sus primitivos tiempos, muchas veces el exceso de piedad de los primeros fieles tuvo que ser reprimido, para que éstos, á imitación de los gentiles, que en su apoteosis colocaban á sus héroes en el número de los semidioses ó dioses menores, no se traslitaran en el culto, ni se anticiparan á venerar á los que morían distinguiéndose por sus virtudes.

El magisterio de la verdad se vió desde entonces ya precisado á instruir á los creyentes en la doctrina del Salvador para hacerles comprender que no hay sino un solo Dios á quien se debe adorar, y que se puede y se debe invocar á los siervos de Dios, tan solamente cuando la Iglesia declara su santidad, para implorar su protección para con Dios, honrar á Dios en ellos y elogiar sus virtudes.

Testimonio de santa prudencia en el modo de orar por los Santos, es la siguiente oración secreta de la misa que cita Inocencio III en su libro *De Celebratione miss.* (cap. VI, § último), *annue nobis, Domine, ut animæ famuli tui Leonis hæc prosit oblatio.*

Posteriormente, cuando ya no se podía temer que los fieles incurriesen en el error de edificar á sus héroes, pudo instruírseles en el valimiento de los Santos para con Dios, y se varió de este modo la oración, *annue nobis quesumus Domine, ut intercessione B. Leonis hæc nobis prosit oblatio.* Sin embargo de que la santidad del precursor San Juan, de la Bienaventurada Virgen María, de los Santos Apóstoles y otros varones apostólicos como el Protomártir San Esteban, era palpablemente reconocida, no se les tributaba más que un profundo reconocimiento; pues el culto público no principió hasta el cuarto siglo, según la opinión de los historiadores sagrados.

La denominación y clasificación de los Santos ha sufrido también algunas variaciones según las épocas de la Iglesia. En los primeros tiempos, se clasificó á los Santos según el género de su misión y sus méritos, en *Profesores, Apóstoles, Mártires*, denominación que se aplicó también á los templos que se les dedicaba, *Profeteos, Apostoleos, Martirium*. Profesores se les llamaba á los que públicamente eran preguntados, si eran ó no cristianos, y respondían afirmativamente, ofreciéndose á morir por defender su fe. *Mártires* á los que morían atormentados por los infieles confesando la fe de Jesucristo. *Apóstoles* á los que acudieron á la vocación de Jesucristo para extender su doctrina por el mundo. De estos mártires se hacía otra segunda clasificación: á unos se les llamaba *Designados*, y éstos eran aquellos contra los que los tiranos habían pronunciado sentencia de muerte, pero que no pasó á la ejecución. *Consumados ó Coronados*, eran aquellos en los que recayó la sentencia y su ejecución en odio á Jesucristo. Y por último, se llamaron *Vindicados* á los que la Iglesia había reconocido después como mártires.

Posteriormente la Iglesia principió á dar el nombre de Confesores á los que sin verse obligados á confesar su fe en presencia de sus enemigos, observaron una vida ejemplar profesando todo género de virtudes en grado heroico.

II

De dos maneras muy diversas podemos faltar á los preceptos de la Iglesia, respecto del culto de los Santos. Ya sea no dando el culto debido á los que fueron canónicamente declarados, ya sea dando culto anticipado á los que la Iglesia no ha definido su santidad. El primer efecto es error de la impiedad: el segundo es hijo de la superstición.

Desde el siglo IV que principió el culto público, como hemos dicho, la Iglesia desplegó toda su especial vigilancia en la declaración de los Santos, eliminando á los que la superstición daba un culto innecesario. Sulpicio Severo cita en su libro de la vida de San Martín, que este Santo Obispo, sospechando ser infundado el culto que se tributaba á unos restos mortales encerrados en una urna y depositados en un templo de su diócesis, rogó á Dios le revelara si aquellos huesos eran ó no reliquias de algún santo varón; y habiéndole sido revelado al Santo el error de aquellas gentes que ofrecían culto, mandó destruir el altar, reprendiendo agriamente la superstición.

El Papa Gelasio en su famoso decreto, Const. 3, Dist. 16, mandó eliminar también muchas actas del Martirologio, por no constar en ellas la completa exactitud y certidumbre que se necesita para considerar y venerar como santos mártires á los que en ellas se hacía referencia.

Con la misma santa energía la Iglesia ha condenado los errores de la impiedad, que consistían en afirmar que tanto el Martirologio de los latinos como la Menología de los griegos estaban plagados

de inexactitudes. En este error incurrió el pseudo Sínodo de Córdoba el año 852, dando un decreto condenando el culto debido á muchos mártires, decreto que sirvió de pretexto al tirano de aquel tiempo para perseguir más y atormentar á los cristianos. Después Onófre Panvini, al que siguieron otros muchos herejes, reprodujo este error, llegando á considerar como muy clementes á Trajano, Pío y Adriano, que en el mero hecho de llamar clemencia á la crueldad y tiranía de aquellos tigres de los cristianos, queda comprobada su mala fe y su impiedad.

Si bien es cierto que no todos los que llevaron el nombre de mártires, fueron muertos por sentencia pública de los tiranos, cuando menos murieron en defensa de su fe, y en odio á Jesucristo, unos atormentados por los gentiles en el desierto, y otros obligados á huir á la soledad, además de los muchos que recibieron la muerte en secreto en los calabozos, y muchos de éstos fueron los que se retiraron del Martirologio por el expresado decreto de Gelasio, quedando, sin embargo, en el catálogo de los Santos por haber probado canónicamente su santidad.

Ambos errores, el de la superstición y el de la impiedad, fueron condenándose sucesivamente en diferentes Concilios, cuya doctrina resumió el general de Trento, doctrina que está contenida en este decreto de la sesión 25. «Manda á todos los Obispos y demás personas que tengan el cargo de enseñar, que instruyan con exactitud á los fieles ante todas cosas, sobre la intercesión é invocación de los Santos, honor de las reliquias, y uso legítimo de las imágenes, según la constante costumbre de la Iglesia Católica y Apostólica Romana, recibida desde los tiempos primitivos de la Religión cristiana, y según el consentimiento de los Santos Padres y decretos de los Concilios; enseñen que los Santos que reinan juntamente con Cristo, ruegan á Dios por los hombres; que es bueno y útil invocarlos humildemente, y recurrir á sus oraciones, intercesión y auxilios para alcanzar de Dios beneficios por Jesucristo, su Hijo Nuestro Señor, que es sólo Nuestro Redentor y Salvador; y que piensan implamente los que niegan que se debe invocar á los Santos que gozan en el cielo de eterna felicidad.» Más adelante, para inculcar en los fieles la devoción y veneración de las santas imágenes y reliquias de los Santos, dice en el mismo decreto: «Enseñen con esmero los Obispos que por medio de las historias de nuestra redención, expresadas en pinturas y otras copias, se instruya y confirme al pueblo, recordándole los artículos de fe y recapacitándoles continuamente en ellos: además, que se saca mucho fruto de todas estas sagradas imágenes, no sólo porque recuerdan al pueblo los beneficios y dones que Cristo les ha concedido, sino también porque se expone á los ojos de los fieles los saludables ejemplos de los Santos y los milagros que Dios ha obrado por ellos, con el fin de que den gracias á Dios por ellos.» Para desaprobar y condenar los errores de la superstición, añade: «Destiérrase absolutamente toda superstición en la invocación de los Santos, en la veneración de las reliquias y en el sagrado uso de las imágenes; ahuyéntese toda ganancia sordida; evítese, en fin, toda torpeza; de manera que no se pinten ni adornen las imágenes con hermosura escandalosa; ni abusen tampoco los hombres de las fiestas de los Santos, ni de la visita de las reliquias para tener convitonas, ni embriagueces, como si el lujo y lascivia fuese el culto con que deben celebrarse los días de fiesta en honor de los Santos. Finalmente, pongan los Obispos tanto cuidado y diligencia en este punto, que nada sea desordenado, ó puesto fuera de su lugar y tumultuariamente, nada profano y nada deshonesto; pues es tan propia de la casa de Dios la santidad, y para que se cumpla establece el Santo Concilio que á nadie sea lícito poner ni procurar se ponga ninguna imagen desnuda y nueva en lugar ninguno, ni iglesia, aunque sea de cualquier modo exenta, á no tener la aprobación del Obispo. Tampoco se han de admitir nuevos milagros, ni adoptar nuevas reliquias, á no reconocerlas y aprobarlas el Obispo.» «Si alguno enseñase, ó sintiese lo contrario á estos decretos, sea excomulgado.»

III

La definición de santidad según la disciplina antigua de la Iglesia, estaba confiada al juicio de los Obispos en sus respectivas diócesis. Para este fin se reunía el Sínodo, en el que todo el clero tenía derecho á exponer las razones en favor ó en contra de la declaración. En la Iglesia Africana la definición de santidad, por costumbre entre los Obispos, se confiaba al Primado, el que después de enterarse del parecer de todos sus sufragáneos, hacía la declaración si así procedía, lo que se deduce del li-

bro III de San Agustín *De collato cum Donatistis colat*, cap. XIII. Después de la definición de santidad se principiaba á dar culto solemne al Santo, tan solamente en una iglesia ó diócesis, hasta que se volvieran á hacer nuevas súplicas al Primado por el sufragáneo ó sufragáneos para extender más el culto; y oídas de nuevo las razones, se decretaba ó no el culto por cartas encíclicas á toda una provincia; y si, por último, se elevaban las súplicas de los sufragáneos juntamente con el Metropolitano al Sumo Pontífice, acompañadas de las actas de santidad, entonces, si procedía, el Santo Padre ordenaba el culto público en toda la Iglesia católica.

Por último, llegó el caso de que los Sumos Pontífices se reservasen, no sólo el derecho de la declaración del culto universal, sino que también el particular de una iglesia ó diócesis, lo que sucedió en tiempo de Alejandro III, como consta en el capítulo I. *De reliquiis et veneratione sanctorum*. Decisión que fué confirmada por Inocencio III en el capítulo II del mismo título.

Al principio de esta reservación de los Sumos Pontífices, éstos acostumbraban á resolver las causas de beatificación ó canonización ya en Sínodos ó fuera de ellos, por sí y ante sí, después de oír el parecer de las personas más distinguidas en ciencia, prudencia y dignidad, hasta que Sixto V estableció la sagrada Congregación de Ritos para que examinase y discutiese las causas de beatificación y canonización. Entonces también se establecieron los cuatro grados ó jerarquías de *Servos de Dios*, *Venerables*, *Beatos* y *Santos*.

Servos de Dios según la actual disciplina se llaman los que murieron en fama pública de santidad. *Venerables* á los que su fama de santidad ha sido declarada judicialmente. *Beatos* á los que por decreto de Su Santidad se concedió culto público, limitado, sin embargo, á una diócesis, provincia ó Comunidad religiosa, lo que se llama beatificación. *Santos* á los que Su Santidad decreta el culto público universal en todo el orbe católico, lo que se llama canonización.

IV

Expuesta ya la disciplina antigua de la Iglesia, con la precisa concisión que nos imponen los reducidos límites de un artículo, pasaremos á compendiar también la tramitación de la actual disciplina sobre la beatificación y canonización de los Santos.

Para este asunto, es necesario seguir tres expedientes al tenor de la Bula de Benedicto XIV, que principia con estas palabras: *Sollicitudine nostrae*.

El primero consiste en una información, que debe hacerse al morir una persona en opinión de santidad, que se acostumbra llamar *Ad perpetuam rei memoriam*. En esta memoria debe consignarse cuanto de público se tenga conocimiento de las virtudes y prodigios que durante su vida y muerte se pudieron observar. Para esta memoria se tomará declaración por una persona comisionada por el Obispo, que sea precisamente del estado eclesiástico, porque de no serlo, el expediente sería nulo, según declaración expresa de la citada Bula; los testigos serán preguntados separadamente, habiendo antes prestado juramento, y su declaración será concreta y clara, sin admitirse ambigüedades ni conjeturas. Este expediente, si bien puede servir de grande utilidad para el tiempo de la definición, no es tan indispensable que sin él no puede después pasarse á la siguiente tramitación; porque bien puede suceder, como efectivamente ha sucedido muchas veces, que los Santos han muerto ó en el desierto sin testigos, ó en poder de los infieles; por lo tanto, la Iglesia tiene establecido se forme el siguiente

Segundo expediente, que es una declaración semejante á la anterior, pero mucho más extensa y más rigurosa sobre la vida, virtudes y milagros, según el decreto de Urbano VIII, expediente que no es permitido incoarse hasta pasados cincuenta años después de la muerte de quien ha de ser ó no beatificado. Este expediente llamado *De fama virtutum, sanctitatis, et miraculorum*, lo ha de formar también el Ordinario, el que calificará y dará su juicio sobre todos los hechos y declaraciones, sometiéndolo á la aprobación de Su Santidad.

Tercer expediente, llamado *De non culto*, en el que se hará la más escrupulosa información para averiguar si se da culto anticipado al que se pretende beatificar, si se ha removido su cadáver de la sepultura donde se le colocó al morir, si se halla en otro sitio, con qué autorización se trasladó y con qué motivo, si se le hacen ofertas, le ponen luces, ó se le tributan honores que expresan culto; en cuyo caso estas demostraciones producirían efectos negativos, aunque no obsta que aquella persona sea en particular reverenciada, y se encomienden los fieles á su protección.

Para la evacuación de estos dos últimos expedientes, sin embargo de que el Concilio de Trento, ni decreto alguno posterior de los Papas lo exigen, los Obispos acostumbran á que intervenga también el Ministerio Fiscal, imitando el procedimiento que se hace después en Roma, tomando parte muy esencial el Promotor de la fe, mayormente si el asunto se hace contencioso por oponerse algún particular ó Congregación, «como sucedió en el expediente de Cisneros, que contradecían los Claustrales agravados contra él por haberles expulsado de sus conventos, y los Jesuitas contra Palafox, á cuya beatificación se opuso el Padre Tirso González.»

V

Expuestos de esta manera sucinta los procedimientos que se siguen en la misma diócesis del que se pretende canonizar, nos queda por exponer en esta última parte el procedimiento que se sigue en Roma hasta la terminación de la causa.

Según la Constitución de Sixto V, la Congregación de Ritos debe conocer y establecer las diligencias que han de verificarse para la canonización de los Santos; sin embargo, examinada la práctica actual de la curia de Roma, la Congregación para la beatificación ó canonización, es algo diferente de la de Ritos, pues en ella, además de los Cardenales y Prelados ordinarios, se agregan otros Prelados, el promotor de la fe, tres auditores de la Rota, los más ancianos é instruidos en el derecho canónico, á los que se da el título de asesores, y un protonotario. Se añaden otros teólogos consultores, que se les nombra calificadores, los que se han de servir de médicos, filósofos y otros profesores que juzguen si las obras que se atribuyen á milagros pueden en verdad atribuirse á sucesos sobrenaturales ó pueden ser resultado de causas naturales. Esta Congregación, que el Cardenal Luca llama extraordinaria, tiene el cargo de revisar las obras escritas, si tiene alguna, el siervo de Dios, según estas palabras del decreto citado de Urbano VIII. «*Diligentissime indagandum est an ille, vel illa pro cuius canonizatione instatur scripserit aliquos libros*,» y lo mismo los libros que se hubieren escrito por su mandato, ó los que se tenga verdadera fe que se escribieron por palabras oídas al mismo, como sucedió con el libro que escribió el confesor de la beata Angela de Fulgino; pero de no ofrecer tan verdadera fe como ofrecía el expresado confesor, no debe revisarse escrito alguno que se atribuya al siervo de Dios, ni tomarse en cuenta para nada.

Además de estas averiguaciones de virtudes, milagros y escritos, también debe examinarse si el siervo de Dios padeció enfermedades, y con qué paciencia las padeció, si sufrió persecuciones y se observó en él la santa resignación, si fué alguna vez calumniado sin irritarse contra los calumniadores, al ejemplo de San Pablo, San Esteban y otros muchos héroes cristianos.

Todas estas averiguaciones y la manera de practicarlas convencerían al hombre más impío, de la rectitud, certeza é infalibilidad de la Iglesia de Jesucristo en la declaración de los Santos, como lo demuestra el caso siguiente, que Benedicto XIV cita en su libro 2.º de *Servorum Dei Beatificatione*: Se acercó un impío al archivo de la Sagrada Congregación rogando se le facilitara un expediente de beatificación para leerle, y uno de los congregantes, sin desconocer la intención del impío, mandó se le entregara al momento un expediente que leyó el impío detenidamente, y al concluirle exclamó lleno de admiración: «Si todos los Santos de la Iglesia católica tienen tan comprobada su santidad como este, bien se les puede venerar y dar fe á las definiciones de santidad que da la Iglesia.» A estas palabras respondió el congregante: «Ahora debo advertir á usted que el expediente que acaba de leer ha sido desaprobado y negada la declaración de santidad por no hallar méritos suficientes en el que se pretendía beatificar...»

Después de haberse discutido con toda madurez todas las pruebas en muchas sesiones celebradas por la Congregación, y cuando ya está todo bien preparado, se celebra una Congregación solemne en presencia del Sumo Pontífice, el que pide el voto de la Congregación é interpone el decreto de canonización ó beatificación. Hecho el examen en esta solemne Congregación, se determina un Consistorio secreto, pero pleno, para hacer nueva discusión y nuevo examen. Los Cardenales y consultores deben leer las actas y oír las verbales informaciones, y dar su sufragio guardando el más riguroso é inviolable secreto bajo pena de excomunión reservada al Papa;

1 *Procedimientos Eclesiásticos*, por D. Francisco Gómez Salazar y D. Vicente la Fuente, pág. 50. Nota.



pueden ir acompañados de dos familiares, tanto los Cardenales como el secretario, a condición de que vayan juramentados.

Ultimamente se celebra un Consistorio público y solemne, al que asisten todos cuantos Obispos y Arzobispos se hallan en la curia romana, los que pueden también emitir su voto en particular, a la manera de un Concilio. En este Consistorio, dirigidas las preces y ceremonias que señala el Ceremonial Romano a instancias del procurador de la causa, el Sumo Pontífice, revestido de pontifical, con mitra, sentado, pronuncia en alta voz estas palabras: « Al honor de la Santísima e indivisa Trinidad y exaltación de la fe católica, y aumento de la religión cristiana, con la autoridad del mismo Dios omnipotente, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y de los bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo, y la Nuestra de consejo de nuestros hermanos, decretamos y definimos que N. de buena memoria es Santo y se ha de inscribir en el catálogo de los Santos, y en este catálogo adscribimos al mismo. » *Ad honorem Sanctae et indivisae Trinitatis et exaltationem fidei catholicae et christianae religionis augmentum, auctoritate ejusdem Dei omnipotentis, Patris et Filii et Spiritus Sancti et Beatorum Apostolorum Petri et Pauli et Nostrae de Fratrum nostrorum consilio decernimus et definimus, bonae memoriae N. Sanctum esse. Sanctorum catalogo adscribendum, ipsum catholico hujusmodi adscribimus. »*

MARTÍNEZ CIRIA.

LA LEYENDA

DE BERNARDO DEL CARPIO

ENTRE las variadas tradiciones populares de la monarquía asturiana, figura el primer término la historia o leyenda de Bernardo del Carpio, el guerrero invencible, el hijo herido en nombre y en su honor, que por la defensa de su padre rompe los vínculos que ligaban al rey y vacila en un momento, cual nuevo Ciriaco, entre el desagravio de su estirpe y la ruina de su patria, para desaparecer después en el olvido y resucitar únicamente, andando el tiempo, en los romances. La leyenda de Bernardo, además de tener interés nacional, se relaciona con la historia europea de la época, con la de Carlo-Magno y sus esforzados paladines, en torno de los cuales se desarrolla un ciclo de la literatura caballeresca. Va también unida a la gloriosa tradición de Roncesvalles, que inauguró una larga serie de victorias españolas sobre las armas francesas, y por todas estas razones merece llamar nuestra atención, con preferencia a otros muchos episodios de la antigua historia de Asturias. Reinaba Alfonso el Casto en Oviedo, y en su propio palacio le engañaba su hermana, que mantenía relaciones amorosas con el conde de Saldaña. Otro tanto sucedió a Carlo-Magno con sus hijas, y los dos monarcas, a quienes su edad no estuvo lejos de conceder el dictado de santos, tan descuidados cuanto al gobierno de su casa, llevaron tan al extremo el rigor después de evidente el engaño, como antes llevaron la confianza. La pequeña corte de Oviedo no podía menos de encerrarse en su recinto

algun *Galeoto*, como diría un moderno autor dramático, y aquél no podía menos de cumplir su triste encargo, denunciando al rey los secretos amores de su hermana. Saberlos y montar en cólera fué todo obra de un momento; pero el casto Alfonso no quiso vengar en el hijo inocente la culpa de los padres. Para éstos reservó crueles castigos, para la infanta estrecha prisión, y para el Conde, además del encierro, la bárbara pena, frecuente, sin embargo, en aquella edad y legislación, de sacarle los ojos. Y no contento con semejantes muestras de rigor, ocultó con el mayor sigilo al hijo la desgraciada suerte de su padre, y tanto, que pasaron años y años, y aquella criatura se convirtió en robusto varón y en esforzado guerrero, educado a expensas del rey, pero completamente ignorante de su regia estirpe, como tantos héroes que registra en sus páginas la leyenda, y de cuyos hechos heroicos se permite dudar la verídica historia.

El trono de Alfonso, del que cayera éste más de una vez, tenía enemigos en Asturias, en otras partes de España entre los sarracenos, y al otro lado de los Pirineos en el Imperio de Carlo-Magno, entonces en el apogeo de su gloria, y rodeado, como de firmísimas columnas, de los célebres *Doce Pares*.

Ya por el mérito del rey, ya por las fuerzas de que disponía, era entonces la francesa la primera

corte de Europa. Si se quería encontrar mayor fausto, era preciso visitar los reinos árabes en un extremo del continente, porque mendigaban todos una sonrisa del poderoso heredero de los *mayordomos de palacio*, y la misma Santa Sede derramaba sobre él a manos llenas sus más preciados favores. Había quien hablaba de pactos entre Alfonso y Carlo-Magno acerca de la sucesión al trono cristiano de Asturias para cuando el casto monarca terminase sus días sin contar, por supuesto, con la voluntad de los vasallos. En vano la jornada de Covadonga y la formación del reino cristiano, si otra vez la espada del extranjero había de presidir a los destinos de nuestra patria. En vano los multiplicados favores y cuantiosas donaciones del Rey Casto a las iglesias, desde la basílica ovetense hasta la más humilde de sus dominios, si el que nada contribuyó a la restauración española se había de sentar en el trono de Pelayo. No podía descender a tal humillación el pueblo que con el auxilio del cielo, y sacando fuerzas de su propia miseria, se preparaba con toda suerte de sacrificios a reconquistar su perdida importancia.

Entonces vuelve a presentarse el héroe Bernardo; conocida ya su estirpe, que, providencialmente sin duda, le fué revelada. Era preciso que el reino de los godos no pasase por otra deshonra comparable a la de los campos de Jerez, y que a un tiempo ven-

gase el nombre de la patria y el de la familia, igualmente infamados. Con Bernardo empieza larga sucesión de ilustres bastardos, que, en las gradas del trono nacidos, contribuyeron muchas veces, más que los hijos de legítimos enlaces, a la mayor gloria de la patria. Por otra parte, el anciano rey, desamparado por todos, como de joven lo había sido, no podía racionalmente desear las ofertas de su sobrino contra los moros enemigos de su fe, ni contra los franceses, que lo eran de su dinastía; su conducta era la de todos los reyes, que desean tener a su lado en las épocas normales meros instrumentos de su libre voluntad, y salvadores de su trono cuando sus cimientos vacilan y se conmueven. Como Felipe II llamó a su lado al duque de Alba, y después de haberle privado de su gracia le envió a Portugal, confiando en las probadas dotes del buen vasallo, así aceptó Alfonso II el brazo y la espada de su sobrino para recoger laureles de una guerra en la que no se presentaba. La historia no sabe darnos cuenta de los triunfos del gran guerrero; pero la leyenda multiplica su recuerdo en los romances. Los jefes moros y los francos temieron igualmente su nombre, y corrieron despavoridos delante de su espada. Cualquiera otro que no hubiese sido el rey de Asturias hubiera tenido preparada una gran recompensa para tales servicios; mas Alfonso, no contento con los

agravios inferidos é irremediables, maquinaba contra el defensor de los cristianos una traición, de que hay pocos ejemplos en la historia del mundo.

Ganoso el héroe de adquirir a cambio de sus proezas la libertad de su padre, cautivo en la fortaleza de Luna, pidió éste favor al rey, y el rey se lo concedió en apariencia, con el propósito de inferirle mayor agravio. Bernardo marchaba a la cabeza de lucida hueste de las montañas de León, por aquella parte que linda con Asturias; venían todos vencedores de la guerra, y salía a su encuentro el Casto con no menos lucida cabalgata. Empeñado había solemne promesa de entregarle al conde de Saldaña y se preparaba, según opinión de todos, a cumplirla. No tendríamos palabras bastante elocuentes para explicar el júbilo del mancebo al ver tan próxima la recompensa de sus servicios, ni para encarecer la gravedad del rey asturiano, que, por una larga experiencia en el manejo del cetro, sabía presentarse con la pompa que a los reyes corresponde. Acércase Bernardo a un venerable guerrero, jinete en brioso caballo; aquél era el Conde. Pero ¡cuál fué su sorpresa, cómo atravesó por todos los miembros del joven el hielo de la muerte cuando vió que el jinete era un cadáver! Entonces pintóse la desesperación en el rostro de Bernardo, y volviéndose fieramente al rey: « ¡Guardad, le dijo, vuestras sagradas y mal

cumplidas promesas, que a mí me basta mi espada para vengar antiguos y nuevos agravios! » La impasibilidad del semblante del rey no se desmintió ni un momento: ¿qué idea tendría formada de los más naturales afectos del hombre? Los montañeses que formaban el cortejo del victorioso y engañado caudillo siguieron sus banderas y dieron la vuelta hacia la montaña, en guerra declarada contra Alfonso. La historia guarda la mayor reserva acerca de la suerte que en adelante cupo, así al caudillo como a los soldados. Lo cierto es que Bernardo quedó cada vez más alejado del trono, y por los agravios recibidos presidiendo a los malcontentos del país, hasta que terminó en muy avanzada edad el largo reinado del segundo Alfonso.

Tal es la leyenda de Bernardo. Un célebre poeta inglés (Southey, según creemos) ha compuesto una poesía de tan brillante como animado estilo sobre el referido argumento, y en nuestras letras son también dignos de estudio los romances, aunque muy modernos, que se refieren a esta época, formando como el modelo del caballeresco tipo del Cid, que llenara, siglos más tarde, la historia de España. Más de una semejanza notable se observa entre los dos personajes, y Rodrigo Díaz de Vivar, que comenzó su gloriosa carrera como Bernardo, vengando un agravio hecho a su padre, procedió contra el rey Alfonso VI

de la misma suerte que el héroe del Carpio contra Alfonso II. La escena de la entrega del Conde, y mejor diríamos traición meditada y llevada a cabo por el rey, parece el original de la entrada del Cid triunfador en el reino de Búcar, acto en el cual el Cid, ya cadáver, pero colocado en su famoso caballo, tomó posesión en nombre del rey de Castilla y de León, su señor, del Estado arábigo-valenciano.

Desde Bernardo en adelante, en todo el curso de la historia castellana, fué lícito al guerrero agraviado por el rey dejar su servicio, y previa solemne declaración contraria al prestado juramento de fidelidad, hacerle la guerra, empleando en ella sus particulares recursos y mesnadas, lo cual no impedía que, pagada la deuda de honor con la efusión de la sangre, renaciese el vasallaje interrumpido. Costumbre era esta que entonces todos comprendían, y que hoy ni se entiende ni podría renovarse. La manera de vengar su agravio el rey D. Alfonso con dura prisión y con la pena impuesta al de Saldaña, era también muy propia de las costumbres de la época y del riguroso derecho penal de los godos, más riguroso todavía después que antes de la reconquista. Las circunstancias principales de la leyenda, si una por una se examinan, se encontrarán conformes con lo que nos demuestran admitido, siglos más tarde, la legislación y la historia. Pero ¿quién nos asegura que no se retocara la leyenda, tomando algunos perfiles de las crónicas?

Y sin embargo, Bernardo es uno de los héroes en quienes no cree la moderna crítica, inaugurada entre nosotros a fines del siglo XVII y ejercitada en toda la siguiente centuria. Por más que ya viniese este nombre como el del Cid, admitido y perpetuado en los cantos populares; por más que el de Bernardo, como el del Cid

PINTURA CIANA MODERNA.



EL TRIUNFO DE SANTA CECILIA. — DRO DEL PINTOR BELGA M. JULIÁN VRIENDT.

Ayuntamiento de Madrid

y Rodrigo de Villandrando en siglos posteriores, se hubiesen conservado hasta en los proverbios vulgares, los críticos admitieron, cuando más, en la realidad una ligera base a la leyenda, negándole la realidad que distingue los verdaderos elementos de la historia. Nada más natural que algunas circunstancias de la leyenda; pero el conjunto se declaró inverosímil, y por tanto, falso. Los críticos aludidos no querían que la historia tuviese otros conductos que la escritura para llegar hasta nosotros, y porque ningún valor tenían las tradiciones no escritas y los romances. Así se despojó al Cid de aquella auréola de gloria que le rodeó en vida y después de la muerte, y así, con más visos de razón, por ser más antiguo personaje, desapareció el nombre de Bernardo. El Cid figura en plena edad histórica; Bernardo está circundado por todas partes de la fábula. Oscura es la sucesión de los primeros reyes asturianos; no es fácil señalar el título por el que unos á otros se sucedieron, y no se explica fácilmente la desaparición del héroe cuando la traición del rey debió hacerle más simpático á todos. Por causas mucho menores, y por menores culpas, había perdido Alfonso el trono, siendo más joven y teniendo más fuerza en su brazo y más favor en el pueblo para conservarlo. Hoy ya no es fácil decidir magistralmente qué parte de historia entra en la leyenda; pero el nombre del caudillo, después de inspirar á los romanceros y á D. Bernardo de Valbuena, se conserva en la frase *la espada de Bernardo*. Inútil fué, en verdad, para libertar al de Saldaña; pero no por eso fué su valeroso dueño menos ilustre.

La colección de romances relativos á Bernardo no es muy numerosa, y sería imposible formar con ella, al contrario de lo que ocurre con la del Cid, un poema de cantones. Tal vez por esto mismo es más preciosa en concepto del anticuario y del historiador, porque al cabo nos presenta algunos hechos, aunque en escaso número, que pueden servir de base á la leyenda. Las crónicas no pueden consultarse para su comprobación, porque mientras corrió su redacción á cargo de los monjes y de los Obispos, se esquivó tratar de ciertos asuntos en que podrían quedar malparados la dignidad y el interés de los reyes. El que durante su vida era liberal en donaciones á los templos, recibía en elogios, y cuando no en el olvido de algunas acciones, la recompensa de su piedad; y el que de alguna suerte atentaba contra la propiedad eclesiástica, seguro podía tener el desfavorable juicio de los analistas. La fama del rey Casto continuó celebrándose y extendiéndose, más afortunado que el Rey Magno, valiéndose tal vez menos sus cualidades morales, y teniendo seguramente no tan gran representación en la historia, porque supo dominar con mano fuerte las contrariedades que se le ofrecieron en el seno de su misma familia. Ni tuvo que luchar con hijos desnaturalizados y rebeldes que no respetasen sus canas, ni con grandes malcontentos que tomasen contra él partido en cuanto logró asegurarse en el trono de sus antepasados. Muy á los principios de su historia estaba la restauración de la monarquía cristiana para que brotasen las semillas de que más tarde nació el feudalismo.

Pero si escasa y deficiente es nuestra literatura en lo que á esta época, y más á nuestro personaje, se refiere, no es la francesa más rica en tradiciones contemporáneas. El Arzobispo Turpin jamás se contó entre los historiadores de buena ley, y los Doce Pares, que algunas proezas pudieron hacer, fueron considerados desde luego como héroes, de cuyas biografías se encargó la fábula.

A medida que la influencia de los escandinavos, cuyos principales dioses eran héroes de la guerra, estaba más lejos de ciertos pueblos, se hacía menos notable la aparición de la literatura caballeresca, y por eso España necesitaba sentir más la influencia del Norte para que dicho ramo de la literatura se viese, con más savia, retoñar con mayor fuerza. Otro tanto sucedía en Inglaterra con los sajones y normandos; la primera raza, vencida, no podía producir, como la segunda, poemas caballerescos y de aventureros. Los dos hermanos Hengist y Horsa no podían representar el mismo papel que Guillermo el Conquistador, estando más sujetos aquéllos que éste á las tradiciones del antiguo régimen, todavía no caballeresco.

Hemos citado el poema de Valbuena como el principal recuerdo que el nombre de Bernardo dejó en nuestra literatura. Ni la maravillosa facilidad de versificar que tenía el Obispo de Puerto-Rico, ni los muchos pasajes de indisputable mérito que exornan la obra, entre los cuales no es el último la descripción del templo de la Fama, ni el orden con que la acción se desarrolla en medio de un laberinto de intrigas, digno del *Amadigi*, de Bernardo Tasso, y del *Orlando*, de Ariosto, y del *Morgante*, de Pulci, propia condición y achaque de todos los poemas caballerescos, bastan para dar la menor importancia

histórica al poema, en que se agiganta la antigua leyenda, y lo que puede haber de cierto en la tradición queda más y más olvidado.

Todo el aparato simbólico de la andante caballería es posterior á la época de Bernardo, y sin embargo todo él se pone en juego para narrar épica-mente sus hazañas. Quien deseara estudiar en la obra de Balbuena los primeros tiempos de la restauración, progresaría tanto en su estudio como quien se propusiera estudiar la historia de los libertadores del pueblo judío en el *Macabeo* de Silveira. Si alguna parte ha quedado de la tradición, es preciso buscarla en los romances. No habrá mucha, ciertamente; pero allí está la pajilla de oro, que tanto se distingue del color del cuarzo. Tal vez de una larga colección de romances servirá uno, y no más, para la historia; quizá de este mismo solamente unos cuantos versos; pero esto es algo cuando los monumentos faltan de una manera absoluta y la crítica trata de apurar sus medios de investigación y de análisis antes de confesar que alguna vez se equivoca.

Cuando los historiadores latinos podían enseñar la Higuera Ruminal, cerca de la cual Rómulo y Remo fueron amamantados por la loba, y la sima, donde para salvar la patria, se precipitara Curcio, podían ser atendidos y creídos por todos; mas por desgracia, de los comienzos de nuestra restauración y de toda nuestra edad heroica apenas quedan monumentos arquitectónicos; no el interés en destruirlos, sino el descuido en conservarlos, produjo su desaparición, y cuando esta clase de testigos faltan, es imposible suplirlos con otras pruebas que los monumentos literarios. Verdad es que la mano del arquitecto suele ser más fiel y menos temeraria para retratar una época antigua que la del poeta, y muchas veces que la misma del historiador; pero nosotros debemos estudiar la historia como se nos presenta, en tanto que no tengamos datos suficientes para reconstruirla con distintas formas.

A. BALBÍN DE UNQUERA.

VINDICACIÓN DE SAN GREGORIO VII

IV

San Gregorio no decía que debiera castigarse siempre y en absoluto, sino sólo cuando el reo no oía la corrección, ni quería sujetarse espontáneamente á la penitencia. Pero esta máxima no era suya, sino de Jesucristo: «*Si autem Ecclesiam non audierit, sit tibi sicut ethnicus et publicanus*». Era máxima de San Pablo: «*Quod si quis non obedit verbo nostro, per epistolam, hunc notate, et ne commisceamini cum illo, ut confundatur*». — *Haereticum hominem post unam et secundam correptionem de vita*. Era máxima de la antigüedad, como hemos visto más arriba; donde, hablando de la excomunión, decía el mismo Fleury: «*Así se trataba á los que rehusaban someterse á las penas eclesiásticas.*»

En segundo lugar, á juzgar por lo que dice Fleury, San Gregorio deseaba que todo delito se castigase indistintamente, y esto es falso. Quería que se castigasen los más atroces y públicos, como eran la simonía, la incontinencia del clero, la usurpación de los bienes eclesiásticos y la herejía.

Pero antes de lanzar la pena exhortaba, amonestaba, y si los reos no se sometían, fulminaba por fin contra ellos la deposición y excomunión; y en verdad que tampoco era esta máxima de San Gregorio, sino de San Pablo y de la antigüedad.

En tercer lugar, hacen que San Gregorio interprete el pasaje de Jeremías: «*Maldito el que no ensangrienta su espada,*» en estas palabras: *esto es; el que no ejecuta la orden de Dios para castigar á sus enemigos*. Explicación que deja en duda qué clase de pena entiende San Gregorio, si corporal ó espiritual. Sin embargo, San Gregorio entiende ordinariamente sola la corrección espiritual. En efecto, la primera vez que se hallan esas palabras es en su carta á los fieles de Lombardía por la excomunión fulminada contra Goffredo, simoniamente intruso en el arzobispado de Milán, viviendo aún su legítimo pastor.

Sigamos oyendo á Fleury: «*Apenas se le denunciaba algún Obispo como culpable de simonía ó de algún otro delito, le citaba á Roma; si dejaba de comparecer, por la primera vez le suspendía de sus funciones, y por la segunda le excomulgaba. Si el Obispo persistía en su contumacia, el Papa le depo-*

nía, prohibía á su clero y á su pueblo que le obedeciesen so pena de excomunión, les mandaba que eligiesen otro Obispo, y si andaban algún tanto morosos, lo hacía él mismo».

Para mostrar con evidencia la prudente conducta de San Gregorio en el uso de las censuras, preciso es no olvidar tres circunstancias. Primera, que siempre se guió por las máximas y decretos de la antigüedad. Segunda, que siempre procedió con suma circunspección para no engañarse en el conocimiento de los delitos. Tercera, que su máxima fué siempre perdonar á cualquiera que se mostrase arrepentido de su error. De donde se sigue que no se puede condenar su procedimiento sin impugnar todas las leyes de la prudencia y sin condenar las prácticas de la Iglesia antigua, como vamos á demostrar en este momento.

San Gregorio, en la deposición y en las censuras de los Obispos, se guió por las máximas y decretos de la antigüedad. Escribiendo á los fieles de Lombardía sobre la excomunión del simoníaco Goffredo, se explica así:

Quam excommunicationem, quod etiam inimici sanctae Ecclesiae omnes sanctas ecclesias totius orbis catholici viri confirmant et confirmaverunt.

Así lo explica también en otras muchas cartas el santo Pontífice con motivo de semejantes censuras. Pero, ¿era este el uso de la antigüedad? Era ciertas mente. Un Obispo, un sacerdote, un diácono simoniamente intruso, inmediatamente era depuesto, y si persistía contumaz en la dignidad usurpada, era separado irremisiblemente de la Iglesia. Vayan algunos irrefragables documentos sacados de las actas legítimas de las antiguas Constituciones eclesiásticas.

Veamos con qué claridad los Cánones apostólicos, recibidos en cuanto á su vigor por toda la Iglesia, establecen la pena de deposición y excomunión para los simoníacos:

Si quis Episcopus, vel presbyter, vel diaconus, juste ob manifesta crimina depositus, sibi aliquando creditum ministerium attingere audeat, ab Ecclesia omnino abscindatur. (Canon 27.)

Si quis Episcopus per pecunias hanc sit dignitatem assecutus, vel presbyter, vel diaconus, deponatur, et ipse, et qui eum ordinavit, et a communione omnino exscindatur ut Simon Magus a Petro (Canon 28.)—3.

Sigue después el Concilio de Nicea:

Ut nullus audeat ordinare Episcopum, aut sacerdotem, aut diaconum, pro quavis re data sive ante ordinationem, sive post, et qui secus fecerit, deponatur; et quicumque contraxerit Synodus eum excommunicat. (Concil. Nicaen. Canon Arabic., c. 49. — Labbé, tom. II, col. 315.)

Las mismas penas decretó contra los simoníacos el Concilio Calcedonense⁴, y el Concilio de Constantinopla, celebrado el año 459⁵. Estas mismas recuerda Gelasio I en su carta á los Obispos de la Lucania⁶. Tarasio en su carta á Adriano, citada en el segundo Concilio de Nicea, donde trae también algunos Estatutos de los Padres⁷, y Nicolás I con las siguientes palabras: *Simoniaci simoniace ordinati, vel ordinatores, secundum ecclesiasticos canones a proprio gradu decendant*⁸.

No es necesario amontonar unas autoridades sobre otras cuando las citadas bastan para probar cuáles eran las leyes eclesiásticas de la antigüedad contra los simoníacos. Tales son los decretos contra los sacerdotes incontinentes, como se ve por la carta de Siricio á Imerio⁹, por otra de Inocencio I¹⁰, y por el Canon 9 del Concilio Agatense; tales son también contra los invasores de los bienes eclesiásticos, como se desprende de lo que estableció Nicolás I en su carta á Trotario¹¹ y el Concilio de París celebrado el año 557 en el Canon I¹², y también en el celebrado que tuvo lugar el año 615 en el mismo sitio en diferentes Cánones¹³, y el Concilio Valentino, año 524, Canon 3¹⁴.

Por lo que dejamos expuesto, se ve de un modo evidente que San Gregorio VII, decretando la deposición contra los simoníacos, los incontinentes y

1 *Discours sur l'histoire ecclesiastique*, núm. 17.

2 San Greg. I, I, epist. 13.

3 Labbé: *Concil.*, columna 30, tomo I, edición de Venecia.

4 Canon 2. — Labbé, tomo IV, col. 1682.

5 Labbé, tomo V, col. 47.

6 Ep. 9, c. 24. — Labbé, tom. V, col. 320.

7 Act. 8. — Labbé, tom. VIII, col. 1278 y siguientes.

8 Decreto *De Sacris ordin.* — Labbé, tomo IX, col. 1574.

9 Labbé, tomo III, col. 13.

10 Ep. 3, c. 1.

11 Labbé, tomo IX, col. 1534.

12 Labbé, tomo VI, col. 492.

13 Labbé, tom. VI, col. 1389 y siguientes.

14 Labbé, tomo V, col. 760.

1 Math., cap. XVIII, vers. 17.

2 II ad Thessalon., cap. III, vers. 14.

3 Ab Titum, cap. III, vers. 10.

4 San Greg., lib. I, epist. 15. — Labbé, tomo XII, edición de Venecia, col. 245.

los invasores de los bienes eclesiásticos, y la excomunión contra ellos si persistían contumaces en su delito, no hizo más que conformarse con los Cánones de la antigüedad.

Pero, dirán algunos, si San Gregorio no erró en la máxima, erró, sin embargo, en el ejercicio, no usando de la debida circunspección y precipitándose en el castigo.

Vamos á probar que San Gregorio fué sumamente circunspecto en el uso de las censuras.

Habiendo excomulgado al simoníaco Goffredo, que había ocupado la iglesia de Milán en vida de su legítimo Pastor, lo participa en los siguientes términos: *Congregato e diversis partibus Concilio multorum sacerdotum, et diversorum ordinum consensu*; esto es, no de su capricho, sino habiendo juntado un Concilio y con el consentimiento de varias órdenes de personas eclesiásticas ¹.

¿Mas, quién le estimuló á dar este paso? Enrique, Emperador, que, después de haber confesado sus enormes delitos de simonía, solicita que el Papa ponga en movimiento su autoridad apostólica para remediar los desórdenes originados por su culpa, empezando por la iglesia de Milán: *Et nunc in primis pro Ecclesia Mediolanensi, quae nostra culpa est in errore, rogamus, ut vestra Apostolica distinctione canonice corrigatur; et exinde ad ceteras corrigendas auctoritatis vestrae sententiae progrediatur* ².

En otra ocasión, es cierto, amenazó San Gregorio con la excomunión á Felipe, rey de Francia ³; pero, ¿cuándo? Después de haber largamente sufrido y disimulado sus maldades. ¿Y por qué? Por haber casi excedido en la impiedad, no sólo á los príncipes cristianos, sino también á los paganos.

Manda en otra parte al Obispo de Senner que excomulgue á un tal Elzelino ⁴, acusado de haber acometido y maltratado á Ridolfo, Arzobispo, despojado á sus familiares y dado muerte á su vista á un pariente suyo, cerciorándose antes del hecho y procurando reducir á Enzelino á una espontánea penitencia con el fin de no llegar al extremo de lanzarle la excomunión.

También amenaza á Hugo con la misma pena por haber invadido los bienes eclesiásticos del Arzobispo de Turon, librándolo, sin embargo, de ella si los quiere restituir, y dándole lugar de disculparse por medio de algún legado suyo en Concilio, á vista del Arzobispo ⁵.

Confirma también contra el Obispo de Poitiers el entredicho de su Legado, y le separa por cierto tiempo del altar por haber despreciado el entredicho del Legado, por haber trastornado violentamente un Concilio y por haber desobedecido aun al mismo Papa ⁶.

¿No son estos unos delitos enormísimos, merecedores de todo castigo, y sin embargo tratados por San Gregorio con suma circunspección antes de llegar á lanzar el anatema?

Escribe el Santo Pontífice á los placentinos que había depuesto á su Obispo Dionisio, y los absuelve del juramento de fidelidad que le habían prestado; pero San Gregorio había esperado largamente su penitencia por ser todavía un Pastor sacrilego, en parte reconciliado ya con la Iglesia; no obstante esto continuaba siendo desobediente y contumaz, y con todo eso el Santo Pontífice no le depuso sin oír el parecer y dictamen de un Concilio ⁷.

Por último, establece contra los clérigos concubinos la deposición; pero dándoles antes tiempo para dejar el pecado ⁸. Ordena también la deposición de los simoníacos, no sin haberle ayudado en esto un Concilio. ¿Hay algo que se parezca á precipitación en lo que escribe á Bucardo, Obispo, contra los clérigos incontinentes? ⁹ *Lubricos et incontinentes aut paterne corrigar, aut incorrigibiles a sacris altaribus arceas*. Para obrar de otro modo no había más medio que el de disimular, callar y dejar que creciese la zizaña entre el grano hasta destruir toda la buena semilla. ¿Sería esto prudencia?

Pasemos ahora á ocuparnos de la conducta observada por Gregorio VII con Enrique IV, tan malamente juzgada y peor conocida.

V

La mayor parte de los que han pretendido defender los hechos del emperador de Alemania contra el Papa Gregorio VII, ó han pasado por alto los

defectos de Enrique IV, ó los han atenuado todo lo posible.

Nosotros, en esto, como en la mayor parte de lo que hemos de tratar en este artículo, dejaremos hablar á escritores nada sospechosos en la materia.

Oigamos primeramente al historiador César Cantú cómo describe el carácter del emperador Enrique IV:

«No había familia que no deshonrase en su libertinaje, ni aun perdonó á sus propias hermanas. Después de haber recurrido á la violación contra doncellas nobles, las obligaba á contraer matrimonio con los compañeros de sus desórdenes. Resuelto á repudiar á Berta, su esposa, encargó á uno de sus cortesanos que la sedujera, á fin de proporcionarse un desagravio contra ella; aquél, después de muchas instancias, obtuvo de ella una cita nocturna. Que-riendo Enrique ser testigo de ella y avergonzar á la delincuente, entró el primero en el lugar convenido; pero de repente fué asaltado por los criados de la reina, enviados para castigar al insolente cortesano. Después de haber estado enfermo largo tiempo de resultas de esta aventura, hizo dar muerte á su confidente, poco diestro, y castigó á Berta con un indigno ultraje.» (*Historia Universal*, tomo XIV, capítulo XVII.)

«El rey de Alemania, dice Fleury, era ya á la edad de diez y ocho años uno de los hombres más perversos. Tenía dos ó tres concubinas á la vez, y además, cuando oía ponderar la hermosura de alguna joven, si no la podía seducir, la llevaba por violencia. A veces salía él mismo á buscarlas de noche, exponiendo su vida en semejantes ocasiones... Estos crímenes le precipitaron á la perpetración de muchos homicidios, para deshacerse de los maridos cuyas mujeres le agradaban. Se hizo cruel aun con sus mismos confidentes.

Sospechaba aun de los mismos cómplices de sus crímenes, y bastaba para perderlos el que con una palabra ó un gesto manifestasen desaprobar sus designios... Concedía los obispados á los que le daban más dinero, ó que sabían mejor lisonjear sus vicios; y después de haber vendido así un obispado, si había alguno que se lo pagase mejor ó aplaudiese mejor sus crímenes, hacía despojar al primero como simoníaco, y colocaba al segundo en su lugar, verificándose así que muchas ciudades tuviesen dos Obispos á la vez, ambos indignos ¹».

Hé aquí á Enrique IV tal como nos le pinta Fleury, persona nada sospechosa en esta cuestión, quien, por lo que se ve, tenía mucha razón al pintarlo como lo ha hecho, pues exactamente lo mismo le ha pintado César Cantú, persona nada sospechosa, y el cual, como es consiguiente, habrá tenido presente cuanto acerca de Enrique IV de Alemania hayan consignado los historiadores que le han precedido.

Tal es el retrato de aquel á quien San Anselmo, Arzobispo de Cantorbery, llamaba el *digno sucesor de Nerón y Justiniano*.

Veamos ahora de compendiar aquellos hechos históricos que de la vida del desventurado Enrique IV tienen relación con la conducta observada por el Papa Gregorio VII.

(Se continuará.)

LA RAMA DE CORAL

NOVELA HISTÓRICA DE ENRIQUE DE CAUVAIN

I

—¿Le has vuelto á hablar ayer?
—Ayer.
—¿Y está siempre en lo mismo?
—Siempre.
—¡Pobre y querida María Ana!
—Tengamos confianza, Joël: Dios no nos puede abandonar.

Acabando de decir estas palabras, que se había esforzado en pronunciar con un acento de confianza que desmentían la turbación de su voz y las lágrimas de sus ojos, María Ana se encaminó con lentitud hacia el pueblo.

Joël, en pie en la playa, la siguió con la vista hasta que la vió desaparecer en el pórtico de la pequeña iglesia. Entonces salió un profundo suspiro del pecho del joven.

Sus ojos estaban enrojecidos é hinchados, y aunque no lloraba, el brillo de su mirada indicaba el rudo combate que sufría para sobreponerse á una gran pena.

Era una naturaleza fuerte la de Joël, el pobre huérfano. A los diez años, había perdido á su madre. Dos años después, su padre, el primer piloto de la costa, había perecido yendo á socorrer un navío en peligro, durante una tempestad. Joël había soporta-

do con valor estas dos grandes desgracias. Su alma era demasiado recta y demasiado sencilla para desfallecer bajo el peso de la desesperación. Desde su infancia le habían enseñado á amar á Dios, esperaba en su soberana bondad, y confiaba en ella con toda su alma. ¡Dichosa y consoladora moral! ¡Consoladora sobre todo para los pobres pescadores de nuestras costas, tantas veces heridos en sus más caros afectos por los terribles caprichos del Océano! Joël se había conformado; á pesar de su extremada juventud había continuado trabajando valerosamente. No quiso salir de Plouisic, su pueblo, ni engancharse como grumete en algún gran buque. Tenía arraigado en el fondo del corazón, el amor de sus rocas y de su independencia. Compuso la barca que las olas habían traído á la orilla, con el cadáver de su pobre padre, y tomó el oficio de pescador, esperando á que su edad le permitiese llegar á piloto algún día.

Había trabajado primeramente para él solo y para sostener su modesta existencia. Pero muy pronto otros pensamientos agrandaron el horizonte bien limitado de sus deseos. Un gran cambio se operó en su vida: Joël se volvió ambicioso.

A algunos pasos de su cabaña, apoyada en una enorme roca cubierta de líquen y de juncos, se levantaba una casita cuyas paredes blanqueadas, las persianas verdes, las tejas rojas, formaban gran contraste con los techos de paja y las ennegrecidas paredes de las pobres chozas de Plouisic.

Esta casita la habitaba Hervion Lefloch, un antiguo marinero que había tenido la honra de combatir en Trafalgar y en Aboukir. En esta última batalla, en el momento en que la *Bella-Amelia*, despedazada por las balas inglesas, iba á sumergirse en las olas, había sido tan afortunado que había salvado la vida de su comandante; y éste, por gratitud, había hecho al marinero un generoso presente, que le permitió dejar el servicio más tarde, comprar una fanega de tierra en su playa natal, y hacer construir la bonita casa vecina de la cabaña de Joël.

El tío Hervion era un personaje importante. Cuando se le encontraba de paseo en la playa, vestido con su gran levitón oscuro, las manos detrás de la espalda, con un pedazo de pipa negra en la boca, llamaba la atención desde luego la expresión dura de sus largas cejas, bajo las cuales brillaban dos ojillos penetrantes, de la curva exagerada de su nariz y de la multitud de arrugas y cicatrices que surcaban por todos lados su rostro tostado. A primera vista, parecía un viejo corsario. Sin embargo era el hombre más inofensivo del mundo. Llamaba la atención, no por una sed immoderada de sangre y matanza, sino por una vanidad excesiva, una gran intemperancia de la lengua y una testarudez proverbial en Plouisic. Cuando había dicho: «Afirmo tal cosa, os digo que esto es así,» más bien lo hubieran matado que obligarlo á desmentirse. Tenía muy corto talento y se hallaba desprovisto de toda instrucción, pero en el fondo, poseía muy buen corazón. Daba la ley en el pueblo, anunciaba las tempestades con una exactitud que parecía cosa de magia, fumaba todo el día en su vieja pipa negra, que, según decía, en Trafalgar se la había arrancado de la boca á uno de los tenientes de Nelson, y contaba, sin cansarse nunca, sus interminables hazañas á bordo de la *Bella-Amelia*.

A pesar de sus muchos defectos, Hervion Lefloch era muy querido en Plouisic. Sabía hacerse valer tan bien y se afirmaba á sí mismo con tanto aplomo, que se le miraba como un sér dotado de una inteligencia superior y formado con otro barro que los demás hombres. En medio de este enjambre laborioso en que cada uno ganaba, con el sudor de su frente y con peligro de su vida, el pan de todos los días, el viejo zángano gozaba de la simpatía y del respeto universal. Sus heridas, sus enfermedades, su ancianidad le ganaba la consideración de todos. Tal vez también estas buenas gentes no eran del todo insensibles á la gloria del viejo soldado de Napoleón, y encontraban, en esta misma consideración con que lo trataban, una satisfacción para su ingenuo amor propio.

II

Desde la muerte funesta de sus padres, Joël había vivido en su cabaña como un salvaje. Cuando el tiempo era bueno, salía á pescar, y atravesando la bahía de Plouisic, iba á vender su pescado al pueblo de Frégastel, situado á una legua en el mar, al fin de una pequeña lengüeta de tierra. Cuando el viento soplabá con violencia y levantaba las olas como montañas movedizas, cerraba su puerta y remendaba sus redes á la claridad de una pequeña lámpara. Aunque todavía era un niño, no se mezclaba nunca en los juegos de los niños de su edad. La desgracia, que le había tocado tan joven, había impreso en su carácter un tinte de melancolía y le había dado una gravedad precoz, exenta, sin embargo, de dureza y

1 L. 1, epist. 15.

2 Epist. Henric post. ep. 29, l. 1, epist. Greg. VII.

3 L. 2, epist. 18.

4 L. 2, epist. 20.

5 L. 2, epist. 22.

6 L. 2, epist. 23.

7 L. 2, epist. 54.

8 L. 2, epist. 62.

9 L. 2, epist. 66.

1 Fleury: *Histoire ecclésiastique*, tomo XIII.

que templaba la exquisita bondad de su corazón. ¡Cuántas veces le había sucedido partir su pedazo de pan negro con el anciano Kerouan ó con el viejo Peulcoël, que estaban enfermos y no podían trabajar! ¡Cuántas veces había entregado el producto de su pesca á algún camarada menos feliz que él y cargado de numerosa familia! Hacía el bien con sencillez, como una cosa muy natural; por eso su buen corazón lo hacía amar de los pobres y de los enfermos, mientras que su porte decidido, su gran figura franca, sus grandes ojos azules, atraían sobre él la atención suavemente conmovida de las bonitas jóvenes de Plouisic.

Joël y el anciano Hervion, eran pues los dos personajes más notables de esta pobre aldea, escondida, como un nido de gaviota, en medio de las sombrías rocas de la costa bretona.

Sin embargo, muy pronto la atención se fijó sobre una tercera persona, tan hermosa joven como Joël era hermoso muchacho, de modales tan dulces, tanto como él era rudo y salvaje.

III

— ¡Mira! dijo un día Pioux, desamarrando su barca de la orilla para ir á pescar. Mira, Le Goaz, Joël no ha salido hoy; su barca está aquí amarrada. ¿Estará enfermo el pobre muchacho?

— A fe mía, es verdad. Sin embargo, el tiempo está muy hermoso, y de costumbre, á esta hora, Joël está lejos en el mar. Si fuéramos á llamar á su puerta...

— ¡Bah! no está enfermo. Si así fuera, verías mucha gente al rededor de su casa. No perdamos tiempo. Si quieres, volveremos más pronto, é iremos á dar una vuelta á su casa.

— Eso es, volveremos más pronto.

Joël no estaba enfermo, como lo creía Pioux.

Y si alguno hubiese mirado por la pequeña ventana de su cabaña, se hubiera quedado muy sorprendido de encontrar que la casa del huérfano estaba vacía; y hubiera crecido su asombro al percibir, á algunos pasos de allí, al buen Joël medio escondido por el espeso vallado que rodeaba el jardín del viejo Lefloch, fijando sus miradas investigadoras á través de las ramas que separaba con sus dos manos.

Se hubiera dicho que estaba contemplando ante sí alguna aparición sobrenatural.

Inmóvil y conteniendo la respiración, seguía con la vista á una hermosa joven que apenas tenía quince años, con espesas trenzas negras, con rostro vivo y suave al mismo tiempo, con ojos azules sombreados de largas pestañas, que paseaba con ligereza por el pequeño jardín y cogía las flores más hermosas, cantando una antigua canción del país bretón.

Esta bonita joven se llamaba María Ana. Era hija de Hervion Lefloch. No hacía mas que dos días que había llegado á Plouisic. Hasta entonces había vivido en Frégastel, este precioso pueblecito que desde lejos, con su esbelto campanario y sus casas blancas, parece un navío amarrado al cabo de la punta, con sus velas desplegadas. Vivía allí en casa de una anciana tía á quien había confiado Lefloch el cuidado de su educación. El buen hombre se había casado muy tarde, había perdido á su mujer al cabo de algunos meses de casamiento, había muerto dando á luz á María Ana, y pensando con razón que la sociedad de un antiguo soldado como él convenía muy poco á una niña tan pequeña, había tomado la penosa resolución de separarse de su hija. Por eso había enviado á la pequeña María Ana á casa de una de sus hermanas, que vivía en Frégastel. Además, iba á ver á la niña casi todos los días, unas veces á pie, otras veces en el barco de su amigo Pioux, otras veces en el coche público que hace el viaje por esta parte de la costa.

Entretanto, poco á poco, la vejez lo aplanaba cada vez más; no andaba con tanta facilidad; su amigo Pioux no iba con tanta frecuencia á pescar. Calculó que, si tomaba muy á menudo el coche para ir á Frégastel, se arruinaría muy pronto. Se decidió por hacer venir á María Ana. Además, su soledad empezaba á serle muy triste; quiso alegrar y dorar el último rayo de sol de su vida.

Un hermoso día en que estaban reunidos en su casa cinco pescadores bebiendo un jarro de cidra, Hervion, despues de un rato de silencio en que pareció que reflexionaba, echó en su vaso las últimas gotas del dorado líquido y habló así:

«Decididamente, el hombre no ha sido criado y puesto en el mundo para vivir solo.

»Me voy conveciendo de ello muy bien, y cuando no os tengo cerca para vaciar un vaso de cidra y charlar un rato, el día me parece tan largo como de aquí á las islas Marquesas. Y además no soy joven; tengo tres balas en un muslo y la gota en el otro; el paseo no es lo que más me agrada. ¡A fe mía! Sería muy tonto de aburrirme aquí solo como una ostra

en su roca, cuando puedo tener una buena y amable compañera. Está dicho; voy á traer á mi lado á la pequeña María Ana. ¡Ah caramba! Sé muy bien que cuando esté aquí, será menester velar al grano y cerrar de cuando en cuando la escotilla de su boca.

No he estado acostumbrado, ¡mil truenos! á vivir con una niña de catorce años y me costará algún trabajo el acostumbrarme. Pero, ¡mil bombas de las Pirámides! como decía mi viejo egipcio comandante, cuando es necesario, sabe uno estarse tranquilo como una almeja y no menearse como un penguino. Está dicho: voy á traerla mañana.»

Hervion no tardaba mucho en decir una cosa y ejecutarla. Al día siguiente, pues, tomó el coche y fué á Frégastel á buscar á María Ana.

Cuando por la tarde volvió de Plouisic, se vió muy lisonjeado al observar los grupos numerosos que se habían formado para esperar su llegada, y se estremeció de placer oyendo el murmullo lisonjero que por todas partes acogió á la bella María Ana.

IV

En efecto, era muy hermosa la hija del anciano Lefloch con su corto vestido de lana negra, su gorro de encajes blancos, sus grandes pendientes, adornando el semblante más fresco que se puede imaginar. Era mucho más alta que su padre. Cabellos negros con reflejos dorados, ojos de un azul límpido y con cejas bien delineadas, una naricita remangada con las ventanillas un poco abiertas, una boca rosa y alborotada, cuyos rincones muy pronunciados, anunciaban que la bonita niña había heredado, con cierta medida, la tenacidad paterna; una tez pura como su alma, formaba el conjunto encantador de su figura.

Su talle era robusto y bien formado; era la frescura, la salud, la juventud en su más completo desarrollo. Se adelantaba sonriéndose y algo sonrojada en medio de estas buenas gentes, que se descubrían delante de ella, como si hubieran visto á la misma Virgen María. Los saludaba afectuosamente, abrazaba á los robustos niños que la rodeaban, les distribuía grandes bizcochos, y daba fuertes apretones de mano á las mujeres de los pescadores.

Hervion, en cuyo brazo se apoyaba, estaba tan lleno de gozo que sus ojos se humedecían de lágrimas y su lengua, de ordinario tan ágil, se pegaba á su paladar. Balbuceaba palabras ininteligibles, se quitaba y se volvía á poner su sombrero de castor negro, se volvía á derecha y á izquierda, riendo y llorando al mismo tiempo. Así llegaron á la casita. Para festejar la venida de María Ana, se había preparado en el jardín una gran mesa cargada de tarros de barro conteniendo la nueva cidra.

En el momento de pisar el umbral, María Ana, por distracción, dejó caer la sombrilla que tenía en la mano.

Joël, que acababa de llegar y se había juntado con el grupo, se apresuró á cogerla. La joven se volvió y le dió las gracias, acompañadas con una dulce sonrisa.

Joël no tomó parte en la fiesta y se quedó todo el día en su cabaña, con la cabeza entre sus manos, los dedos metidos en su espesa cabellera rubia, inmóvil como un hombre herido por un rayo. Cuando se despertó al día siguiente, su primer movimiento fué el asomarse á su pequeña ventana, desde donde podía percibir la casa del viejo Lefloch. Se hubiera dicho que temía que todo esto fuese un sueño. En fin, salió de su pecho un profundo suspiro. ¡Dichoso Joël! ¡Era una realidad! Veía aún en el jardín la mesa de pino blanca, los jarros de cidra vueltos al revés. Apercibió también las cortinas blancas en la ventana de la derecha, y en la ventana un florero lleno de flores.

V

Desde este día, Joël, menos salvaje, iba con frecuencia á casa de Lefloch. ¿Encontraba algún placer en oír la relación de las hazañas del antiguo marinero? ¿Encontraba algún sabor en los vigorosos epítetos que el viejo lanzaba á cada momento contra los ingleses en general, y sobre Nelson en particular? ¿No lo atraía más bien el deseo de ver de cerca á la bonita María Ana, y de escuchar, cuando por casualidad cesaba de hablar el viejo soldado, la dulce voz de su hija?

Nos inclinábamos á esta dulce suposición; pero Lefloch estaba muy convencido de que Joël no venía á su casa más que para contemplarle, oírle y admirarle.

Por eso, feliz de tener siempre un auditorio nuevo, orgulloso al ver el gusto que Joël parecía tener por sus historias, lo recibía siempre con los brazos abiertos, hacía que bebiera con él, le pronosticaba que sería un día, él también, la gloria de Plouisic, y cada vez que el joven pescador se levantaba para irse, decía dándole en el hombro:

«Muchacho, sigue el consejo de la experiencia; haz como yo, deja tus redes y tu viejo barco roto; deja en paz á los congrios, á las sardinas y á las rayas. ¿Qué porvenir tienes? Te lo pregunto. Tú eres fuerte, es verdad; eres inteligente y valiente; pero supongamos que caigas enfermo; ¿qué te sucederá? Perecerás de hambre en tu cabaña, mientras que alistándote en un hermoso bergantín... ¡trueno! Yo tenía tu edad cuando salí para Brest, ¡y bien! Tendrás alojamiento, manutención, cuidado, ascensos. Verás países espléndidos, cosas que te alegrarán el espíritu; percibirás el olor de la pólvora, tal vez te condecorarán. ¿Qué se yo? Puedes llegar á todo. Reflexiona sobre esto esta noche y no olvides el volver mañana para darme cuenta de lo que hayas pensado; hablaremos.»

Joël inclinaba la cabeza suavemente; no decía ni sí, ni no; saludaba á María Ana con una sonrisa; despues se encaminaba tranquilamente hácia su barco, desplegaba sus redes, izaba su vela, y levantaba el ancla. Pensaba, sintiéndose deslizar suavemente sobre las crestas espumosas de las olas, que más vale estar en un barco pequeño y agujereado que se puede maniobrar y volver á su gusto, que en un hermoso barco sólido que os lleve, contra vuestro gusto, lejos del país. Contemplaba á las gaviotas y á las golondrinas de mar que rozaban con sus grandes alas la punta de su mástil y pensaba que era preferible ser como ellos un pobre pescador, buscando en el seno de las aguas el pan de cada día, que un hermoso pájaro encerrado tristemente en una jaula y alimentado por mano extraña.

Sin embargo, no comunicaba estos íntimos secretos al señor Hervion, porque sabía lo aferrado que era el buen hombre á una idea cuando la tenía metida en la cabeza, y lo que aborrecía que lo contradijesen.

Si Joël le hubiera puesto alguna dificultad, hubiera sido capaz de cogerlo por un brazo y echarlo á la calle, lo que en las presentes circunstancias hubiera sido muy desagradable para el joven marino. Escuchaba pues sus consejos con una docilidad aparente, y muchas veces, mientras que Hervion elogiaba los placeres de la guerra y de los largos viajes, Joël pensaba en su interior qué feliz sería aquel día que poseyese una bonita casa en un rincón de la playa, y tuviese una compañera tan hermosa y tan buena como María Ana.

VI

Es justo que observemos que, desde la llegada de su hija, se había obrado un cambio feliz en las costumbres del anciano Lefloch. María Ana había sabido, con esa dulzura y tacto exquisito que no pertenece sino á las mujeres, reformar un poco su carácter y renunciar á algunos de esos hábitos que muchas veces hacen sentir á los ancianos su imperiosa tiranía.

La joven había tenido mucho mas mérito en llevar á cabo estas reformas, porque su padre estaba muy sobre aviso, y desconfiaba un poco de ella. En efecto, sentía que delante de esta joven pura, tendría que poner muchas veces un freno á la intemperancia de su lengua. Adivinaba que la famosa pipa de Trafalgar le daría mas de una vez dolor de cabeza; que vería con disgusto el jarro de cidra todo el día sobre la mesa. Preveía los sermones, el mal humor. A él le gustaba su comodidad y su modo libre de hablar, y tenía horror á todo lo que le incomodase. La joven había comprendido muy bien que para cumplir la difícil tarea que se había propuesto, debía recurrir á los medios más suaves y más ingeniosos.

Los que desplegó en estas circunstancias de habilidad y paciencia son inauditos.

Cuando su padre, algo alegre por los humos de la cidra nueva, iba á decir una historia algo escabrosa, se acercaba cariñosamente á él, y le decía: «Querido padre, cuéntenos usted lo que sucedió el día que rehusó la *Bella-Amelia* amainar el pabellón.»

Se interrumpía en seguida el viejo soldado, y muy ufano de poder recordar esos hechos que le eran tan queridos, se enderezaba en su sillón y empezaba su relato; pero muchas veces, antes de concluirlo, dejaba caer su cabeza dormida sobre el hombro de María Ana. Cuando veía que se acercaba con mucha frecuencia el famoso jarro á los labios, corría á un rincón á buscar el sombrero y el bastón del anciano, y le proponía dar un paseo por la playa. El buen hombre estaba tan orgulloso de pasearse con ella, que no quería negárselo.

Todo esto lo hacía con sencillez y con tanta delicadeza, que el anciano Hervion no se enteró de que estaba bajo su influencia, y este yugo, nuevo para él, era tan suave, que jamás le había dañado. Concibió por su hija la ternura más viva, y al mismo tiempo la admiración mas sencilla y entusiasta.

Pasaba grandes ratos contemplándola.

Mientras que, sonriente y cantando á media voz, pasaba por entre sus afilados dedos el hilo torcido por la rueca, muchas veces una lágrima humedecía los párpados del marinero, y moviendo la cabeza, decía entre dientes:

— ¿Es posible que un viejo hablador como yo, haya podido ser padre de un ángel semejante?

VII

Entretanto, la amistad de Joël y de María Ana aumentaba cada día.

La joven, al principio había tenido miedo de la figura bronceada y de las maneras rudas del huérfano, encontraba entre él y los otros jóvenes que había visto en Frégastel, diferencias que no eran ventajosas para el joven marino. Era taciturno, conocía muy poco el lenguaje florido que hablaban «los leones» de Frégastel, y cuando se ponía un traje nuevo, muchas veces se olvidaba de alabárselo. Sin embargo, María Ana no era coqueta. ¿Pero cuál es la joven, aun la más casta y la más sencilla, que no le guste una palabra de lisonja ó una mirada de admiración?

Muy pronto, sin embargo, adivinó que bajo esta ruda corteza, se escondía un corazón bueno y sensible; sorprendió muchas veces en los francos ojos del joven, cuando se fijaban en ella, una expresión particular que conmovió dulcemente su corazón. Se enteró entonces de que el lenguaje de los labios no es siempre el más elocuente ni el más sincero; comprendió que una mirada amiga, ó una buena acción, dicen muchas veces más que las frases más pretenciosas. Y además, agradecía á Joël la deferencia que el demostraba al anciano Hervion.

Era demasiado lista para no apercibirse de las sonrisas que se cambiaban algunas veces, entre los oyentes del anciano marinero, cuando empezaba, por la centésima vez, una de sus historias. Su corazón sufría, porque tenía por su padre mucho respeto y gran cariño. Y bien; había observado que Joël no se permitía nunca la menor señal de fastidio ni de impaciencia, escuchando las increíbles aventuras de la *Bella-Amelia*, y admiraba tal vez, tanto más su abnegación, cuanto que, en el fondo, sabía muy bien que ella no era extraña á esto. Conocía también la vida de trabajos y sufrimientos del joven marino, las crueles pruebas que había sufrido desde su infancia. Primero tuvo por él una sincera amistad, que no tardó en cambiarse en afecto enteramente fraternal.

Sin embargo, muchos meses se pasaron aún, antes que la amistad de María Ana por Joël se trasformase en un sentimiento más tierno; lo consideraba como un amigo seguro y desinteresado, pronto á satisfacer todos sus caprichos y prevenir sus menores deseos, nada más.

Cuando el tiempo era bueno, y la ola golpeaba armoniosamente contra las grandes rocas de la ribera, Joël iba á llamar á la puerta del viejo Hervion, y le proponía el venir á dar con María Ana un paseo en el mar hasta Frégastel. El buen hombre muchas veces aceptaba, otras veces rehusaba, dando la excusa de que su maldita gota le daba punzadas.

— No puedo acompañarte, muchacho, decía, haciendo muecas, como si efectivamente sufriese cruelmente. Me es imposible estar de pie, y el movimiento del barco aumentaría mi dolor, pero mira, si quieres, María Ana irá contigo á Frégastel. ¿No es así, hija mía? ¿Hace mucho tiempo que no has visto á tu tía?

Después, cuando María Ana y Joël se habían alejado, el anciano se frotaba las manos con alegría, como un colegial que acaba de engañar á su maestro; corría á buscar su jarro de cidra, encendía su pipa, y convidaba á todos los pescadores que pasaban cerca, que viniesen á disfrutar con él de ese día de libertad.

María Ana no rehusaba nunca el acompañar á Joël; era una fiesta para ella hacer esta bonita travesía, sentir la brisa marina levantar sus cabellos, mojar sus manitas en el agua salada, y ver brincar caprichosamente la espuma por su brazo desnudo.

Joël tenía siempre cuidado de amontonar en la parte de atrás de su barca una montaña de juncos dorados secados al sol. La joven se sentaba sobre este blando asiento, se mecía al lento movimiento de la ola, y muchas veces se dormía con el apacible sueño de la infancia; ¡tanta confianza tenía en la fuerza y habilidad de su amigo!

(Se continuará.)

EL ARBOLADO



Un importante y trascendental es el asunto, objeto de estas líneas, que no hay publicación alguna de cuantas se dedican al mejoramiento de los pueblos, que no se ocupe en él, ni higienista que

lo olvide, ni agricultor ilustrado que lo desatienda.

Mas como quiera que á pesar de cuanto se ha escrito y se escribe en favor del arbolado, nuestros campos continúan sin bosques, nuestros caminos sin alamedas y nuestras capitales sin plantaciones que las embellezcan y las saneen, preciso es insistir uno y otro día en tan vital asunto, á fin de ver si en fuerza de repetir una misma verdad y de reclamar una misma mejora, ésta logra plantearse.

Dejando á otros la misión de recabar de los Gobiernos leyes y disposiciones encaminadas á mover, no ya el ánimo, sino el brazo de las Autoridades en beneficio del arbolado público, prescindiendo del estudio de las disposiciones vigentes respecto al desarrollo y cultivo de la riqueza forestal y de la necesaria repoblación de los montes, reservando para otra ocasión el tratar de las granjas modelos, de las escuelas prácticas de agricultura, de la organización de los estudios forestales, y de todo, en fin, cuanto á la Administración pública superior se refiere, vamos á escribir breves consideraciones, que no por sabidas holgarán en una revista consagrada á popularizar los conocimientos higiénicos.

La necesidad del arbolado es de tal naturaleza, que la vida animal fuera imposible sin él. La ciencia, concordando con la tradición y con el Génesis, nos dice que el reino animal no apareció sobre el globo hasta después que éste se vistió con las galas y las frutas del reino vegetal, porque ni el hombre ni los animales hallarían sustento y bienestar y regalo sin la infinita variedad de la flora terrestre.

¡Hermosa y fecunda flora que, con sus múltiples productos de todo género, provee al perpetuo banquete de la vida!

Frutos sabrosos y nutritivos; sustancias medicinales y tintóreas; materias sin las cuales la industria apenas si existiera; exhalaciones aromáticas y balsámicas, que, regalando el sentido, purifican el aire y fortalecen la salud; maderas para nuestra cuna, para nuestra casa, para nuestra mesa, para los trenes en que viajamos, para el ataúd en que hemos de reposar; cuanto de esencialmente necesario tiene el hombre, otro tanto se encuentra en el hermoso reino vegetal, del cual es parte principalísima el arbolado.

Además, los árboles cargan la atmósfera de vapores que más tarde producen benéfica lluvia; sin ellos no hay posibilidad de conservar la humedad del suelo, ni de defender ciertas plantaciones, ni de mitigar los ardores del sol, ni de atraer sobre la tierra el agua que se levante en vapor del seno de los mares.

Por eso ha podido decir con verdad Cadet de Vaux que «la disminución progresiva de las aguas es una consecuencia del decaimiento de las plantaciones;» y por eso que hoy repitan muchas autorizadas voces que esa es también la causa de las tan repentinas y desfavorables variaciones atmosféricas que vienen lamentándose hace tiempo...

En el progresar incesante de las ciencias y de la industria, cuando los adelantos materiales parece que debieran protegernos contra males cuyas causas hemos llegado á conocer, ¿cómo es que el hombre sigue siendo víctima de crueles azotes?...

Lejos de nuestro ánimo el pensar que el hombre lo puede todo y que la vida ha de sostenerse próspera y sin dolores por sólo la savia de la civilización material; más lejos aún el insensato alarde de que el hombre pueda sustraerse jamás á las leyes naturales desde la eternidad establecidas por el Creador; pero si no podemos hacer que llueva á nuestro antojo, ni evitar ciertas calamidades á nuestro gusto, ni retardar la muerte á nuestro deseo, también es evidente que contamos con medios para mejorar las condiciones del suelo que nos sustenta y del ambiente que nos rodea, y que entre esos medios se cuenta en primer término el arbolado.

«Por todas partes en donde los árboles han desaparecido, decía Châteaubriand, el hombre ha sido castigado por su imprevisión.»

Y añadía: «Yo puedo decirlo mejor que ningún otro los efectos que produce la presencia ó la ausencia de los bosques, porque he visto las soledades del Nuevo Mundo, en que la naturaleza parece nacer, y los desiertos de la vieja Arabia, en que la creación parece espirar.»

Importa mucho, pues, estudiar el medio de llevar á cabo las replantaciones, con las cuales, tal vez, lograremos también evitar ciertas calamidades, previniendo nuevas inundaciones; pero como semejante mejora no debe ejecutarse á capricho, es necesario que en cada zona forestal se estudie cuál es el medio más conveniente para realizarla, y á qué árboles habrá de darse la preferencia.

Para esto nada mejor, ni más fácilmente práctico, á nuestro juicio, que el que las Juntas provinciales de Agricultura y las Sociedades económicas de Amigos del país, bien abriendo certámenes públicos, bien por sí mismas, se encarguen de semejante tra-

bajo y excogiten, de acuerdo con las Autoridades superiores, la manera de llevar el fruto de sus esfuerzos hasta la más apartada aldea y el caserío más solitario.

Instruida por tal modo la población rural; estimulando la iniciativa de los propietarios y agricultores con premios y distinciones honoríficas y pecuniarias, y excitando el ilustrado celo de las personas que, como el párroco, el médico y el maestro, ejercen influencia en los campesinos, no tardaría en cambiar el aspecto de nuestro suelo por sólo el esfuerzo privado. Que cuando agricultores y propietarios se penetrasen de la conveniencia de las plantaciones para el aumento de su riqueza, bien pronto pondrían mano en ella como la vienen poniendo en los viñedos, hasta hace poco tiempo despreciados por la generalidad, y hoy extendidos por todas partes.

En Extremadura y las Castillas, en tierra de Campos, sobre todo, es general la idea de que sólo le es conveniente el cultivo de cereales, y suponen que para la obtención de grandes cosechas es perjudicial el arbolado porque *desecha el suelo y atrae los pájaros* que merman los granos de las espigas.

Pues bien: enséñese á castellanos y campesinos que «los bosques, al detener los vientos y demás corrientes de aire, paralizan una de las causas más activas de la desecación;» que «los árboles, dividiendo en gotas el agua de lluvia que cae sobre las hojas y las ramas, la retienen y la obligan á penetrar en el suelo á través de los conductos que le ofrecen sus innumerables raíces;» persuádales de que «los bosques condensan las nieblas; de modo que cuando abundan, quedando seco el suelo, el agua corre á lo largo de las ramas de los árboles, sigue su tronco y penetra en abundancia en la tierra;» convénzaseles de que «los pájaros, perseguidores constantes de la langosta y de todos los insectos, más que enemigos, son cariñosos y útiles guardianes de las plantas;» en una palabra, vulgarícese por todos los medios los conocimientos agronómicos, destiérranse ignorantes rutinas, y no habrá necesidad de que el Gobierno, que, por su parte, debe ocuparse mucho en los asuntos forestales, imponga á los pueblos una labor que, practicada voluntariamente, sería fecunda en resultados; pero que por la amenaza y la violencia se recibiría como carga enojosa, y no tendría verdadero éxito.

No recuerdo quién ha dicho que los árboles frutales pueden cubrir de plata anualmente el suelo que somborean; no son ellos solos, sin embargo, los útiles y convenientes, ni tampoco todos los terrenos sirven para su cultivo; pero en cambio, como en el orden general de la naturaleza nada falta, allí donde no pueden plantarse naranjos ni granados, arraigan y crecen los robles y los fresnos; y hasta para el suelo que no tiene riegos, hasta para los barrancales y los páramos llenos de guijarros y peñas, ha brotado un árbol que supera en beneficios higiénicos é industriales á todos los demás; este preciosísimo árbol, llamado hace algún tiempo *árbol de oro* por *El Agricultor Andaluz*, en un interesante artículo que otros copiaron y que tenemos á la vista, es el pino.

El pino, cuyas múltiples variedades (unas 140) arraigan en multitud de terrenos, y cuyo fruto, cuyas hojas, cuyo jugo, cuya savia, cuyas maderas, cuyas raíces son de aplicación útil.

Porque su fruto, el piñón, alimenta; del jugo de sus ramas puede fabricarse cerveza; con su savia, la Medicina cura varias enfermedades; con sus hojas puede hacerse papel; su corteza da aceite; sus maderas tienen aplicación inmensa, y hasta de sus raíces se hacen cuerdas.

Si á todo esto se añade que del jugo del pino obtenido por pequeñas entalladuras, la industria saca incienso, aceite pirogenado, pez blanca, aguarrás, resina opaca, colofonia y trementina, y que hasta de los residuos de estas sustancias se obtiene la brea y un aceite, la pez común, el negro de humo, el vinagre de madera y el carbón de fragua; fácilmente se comprenderá con cuánta razón ha sido apellidado *de oro* el árbol que contiene tan variados y ricos productos.

Al hablar de tan precioso árbol no puede menos de venir á la memoria el nombre ilustre de una distinguida dama que, si ha merecido alabanzas por su talento, su discreción, y su belleza, merécelas aún más por el grande impulso dado á la industria nacional con la que podríamos llamar *industria pinera*, merced á lo cual ha logrado, no sólo el acrecentamiento de la fortuna de su noble casa, sino que también de la pública prosperidad.

Si todos los grandes señores, si los propietarios todos imitasen á la Ex. ca. Sra. Duquesa Angela de Medinaceli, y al Marqués de Urquijo, otra fuera la suerte de la patria.

..... Incitemos, pues, á todos á plantar árboles; al Gobierno, en los terrenos del Estado; á los Municipios, en los paseos y cercanías de las capitales; á los Centros administrativos, en las carreteras y caminos de su jurisdicción; á las Empresas de ferrocarriles, en sus vías; á los terratenientes, en sus propiedades; y bien pronto los campos y los pueblos de gran parte de España habrán cambiado el triste aspecto que hoy ofrecen.

La atmósfera, purificada y aromatizada por las emanaciones balsámicas y olorosas de los árboles, vigorizará la vida de los hombres y de los animales; sombra apacible y bienhechora hallarán en su siesta el fatigado labrador y el sudoroso viajero; pastores y rebaños descansarán y buscarán abrigo en medio de la pompa forestal, y no faltarán nunca peregrinos por los desiertos campos de la vida que bendigan la mano providente que plantó la secular encina ó el robusto castaño.

Dr. SÁNCHEZ DE CASTRO.

REVISTA DE CONOCIMIENTOS ÚTILES

Desinfectantes para el cólera. — El mejor desinfectante, más económico y más al alcance de todo el mundo, es el cloruro de cal ó polvos de gas, que se encuentra á un precio moderado en todas las droguerías y boticas.

Basta poner una corta cantidad en una taza, para que desaparezca el mal olor de las letrinas y de todos los sitios infectos.

La disolución en el agua de dichos polvos, y regando con ella los suelos, es bastante eficaz para hacer desaparecer los malos olores.

El efecto del cloruro de cal es muy fácil de comprender, puesto que por la acción del ácido carbónico del aire se va descomponiendo lentamente, y se desprende cloro con lentitud en cantidad bastante para destruir los miasmas de una habitación, sin perjudicar ni molestar por su olor especial.

Si se quiere un desprendimiento de cloro mayor, entonces es necesario añadir al cloruro de cal un ácido, que puede servir hasta el vinagre, en cuyo caso se desprende el gas en bastante proporción, y su eficacia es mucho mayor.

Si se trata de fumigar sitios inficionados, ropas contumaces, buques apestados, etc., entonces el desprendimiento de cloro debe ser fuerte y en cantidad bastante para destruir los miasmas que existen en gran proporción; pero para estos casos es menester que las operaciones sean dirigidas por personas entendidas. El cloro se desprende en gran cantidad con una mezcla de bióxido de manganeso, sal común y ácido sulfúrico.

Además de las fumigaciones con cloruro de cal, que son las más sencillas, pueden hacerse con un pedazo de cobre (que puede ser una moneda) y ácido nítrico, para que se desprendan vapores nitrosos que tienen una acción decidida sobre los miasmas del aire; y por fin, el agua fenicada ó disolución de ácido fénico en agua, es muy á propósito para regar y rociar las ropas, con la cual desaparecen los malos olores.

Los baños en la antigüedad. — El uso del baño se remonta á la creación del mundo, porque se funda en una de las necesidades naturales del hombre, como es: mantener la limpieza del cuerpo, descansar el cuerpo, refrescarlo durante los calores y después de las fatigas corporales.

En los primitivos tiempos, cuando la vida carecía de las comodidades que la civilización ha ido produciendo, los hombres se bañaban en las corrientes naturales de agua, á la temperatura del ambiente; pero el descubrimiento de manantiales termales les sugirió la idea de comunicar al agua diversos grados de calor, tomando los baños de recipientes adecuados, cuya costumbre fué importada de Asia á Europa por los colonizadores que se establecieron en Grecia, Italia, Iberia y Galia; Homero, en alguno de sus cantos, menciona y describe los baños de agua ca-



VELMO DEL DUQUE DE ALBA, EN LA ARMERÍA REAL DE MADRID

liente; en Grecia, Thucydides hace otro tanto respecto á los lacedemonios, y también Hipócrates recomienda el uso de baños calientes para la curación de ciertas enfermedades eruptivas.

Durante los primeros años de la República, los romanos tenían el hábito de lavarse diariamente los brazos y las piernas al terminar las faenas agrícolas, y de bañarse totalmente en el Tíber y en sus afluentes cuando iban al Foro á discutir los asuntos del Estado. En el año 151, después de la fundación de Roma, se construyó el primer acueducto para la conducción de aquí á la ciudad, multiplicándose luego y dando origen á los diversos establecimientos balnearios y termas que se erigieron en diversas partes de la villa, entre otras, las renombradas termas de Escipión el Africano, uniendo á tales dependencias un gimnasio.

Bajo el reinado de Augusto, comenzaron á construirse con gran lujo y magnificencia las casas de baños, como lo demuestran las ruinas descubiertas, cuyas pinturas, bajo-relieves, esculturas y adornos sorprenden por la riqueza y profusión de sus detalles; y este lujo fué en progreso, como atestiguan los baños de Agrippa, de Nerón, de Tito, que fueron la admiración del pueblo romano.

Las termas contenían un departamento llamado *unctuarium*, donde se frotaba el cuerpo con aceites aromáticos, y luego espolvoreado con ceniza ó con arena fina; de allí se pasaba al *sphaeristerium*, inmensa rotunda donde se ejercitaban las fuerzas corporales con ejercicios gimnásticos, tomando luego un baño muy corto de agua caliente, y frotándose luego el cuerpo con espátulas de marfil ó de metal para limpiar la epidermis; seguía luego en el *lepidarium* un baño de agua tibia, y en el *frigidarium* el de agua fría, todos muy cortos y destinados á fortificar y entonar el cuerpo.

En las termas romanas, el baño ocupaba la parte principal, mientras que en las griegas lo era el gimnasio, y el baño era sólo un accesorio.

Tales establecimientos estaban abiertos de dos á cinco de la tarde; Nerón mandó que lo fueran desde las doce, y bajo el reinado de Alejandro Severo lo estaban todo el día, siendo costumbre tomar dos baños diarios, considerándose estos edificios como un centro de reunión, donde los ciudadanos romanos pasaban la mayor parte del tiempo, entregados

á los placeres, que produjeron la afeminación y decadencia del pueblo romano.

Con la invasión de los bárbaros desaparecieron tales manifestaciones del lujo y sólo quedó lo necesario para el fin de practicar la higiene del cuerpo, la cual es muy saludable, no solo para la conservación de las fuerzas físicas, sino también para el caso indispensable al hombre civilizado.

Fotómetro de selenio. — Los señores Siemens y Halske, de Berlín, han construido un fotómetro de selenio, cuya descripción es como sigue:

Un tubo de cobre horizontal, de tres centímetros de diámetro y quince de largo, montado en un soporte fijo á una de las extremidades de una regla graduada.

El soporte del tubo, de cobre, es móvil sobre un eje vertical, y está provisto de una rosca de nivelación.

En uno de los extremos del tubo hay un diafragma que lleva en un centro una abertura circular, y al otro extremo se encuentra una montura provista de un tornillo, donde se puede adaptar una placa de selenio, preparada de una manera especial. Esta placa se halla protegida contra la acción de la luz, por un obturador movable, con cuyas dos extremidades pueden establecerse la comunicación con la pila eléctrica y el galvanómetro.

Un galvanómetro portátil con espejo de Thomson, es el que se emplea de preferencia.

Para hacer las observaciones, el tubo se dirige hacia la luz que se quiere medir, y se le centra por medio de la rosca. De este modo, la placa de selenio se coloca en su lugar y el circuito se cierra, teniendo lugar la exposición de la luz.

Después que se haya leído en el galvanómetro el grado de desviación de la aguja, se hace girar el

tubo sobre un eje vertical hasta que esté en la dirección de la regla graduada. Sobre esta regla se coloca una bujía como unidad de medida, cuya posición se varía hasta que la aguja del galvanómetro adquiere la misma desviación que precedentemente; entonces la intensidad de las dos luces es proporcional á los cuadrados de sus distancias respectivas en relación á la placa de selenio.

El pimentón. — El pimentón se prepara con el pimiento encarnado, secándolo y pulverizándolo convenientemente. Es este un condimento ardiente y aromático de que hacen mucho uso las clases pobres en España para aderezar sus manjares calientes.

La pimienta roja de Cayena se obtiene pulverizando las semillas de varias especies del género á que pertenece el pimiento. Reducida á pasta con la mostaza, jengibre y sal, forma el ingrediente que mezclan al té millares de habitantes de las Indias, único alimento que toman. En Africa, en las Antillas y en la América meridional también se consume mucho.

El pimiento común se come también crudo ó en ensalada. El llamado pimiento de Jamaica, pertenece á otra familia; corresponde á una mirtácea, la *eugenia pimenta*, que se cría en las Antillas.

A LOS CORRESPONSALES

Rogamos á todos, que se sirvan liquidar sus cuentas, y los atrasados, ponerse al corriente. La empresa de LA ILUSTRACIÓN no está dispuesta á tolerar la morosidad de ningún corresponsal. Creemos que ellos tampoco consentirán en que apelemos á procedimientos que comprometan su crédito. A los buenos, LA ILUSTRACIÓN envía la expresión de su reconocimiento.